

CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

«DILEXIT NOS»



Año LXXXII- Núm. 1122 Enero 2025



ÍNDICE DE CONTENIDOS

- | | | | |
|-----------|--|-----------|--|
| 3 | Razón del número | 34 | Hemos leído
<i>Aldobrando Vals</i> |
| 5 | El concepto de «corazón»
en la encíclica «Dilexit nos»
<i>Pedro del Río de Murtinho</i> | 37 | Pro beatificación
padre Enrique Ramière |
| 11 | El Verbo se hizo carne
<i>Esteban López Larraechea hnssc</i> | 38 | Pequeñas lecciones de historia
<i>Gerardo Manresa Presas</i> |
| 14 | «Dilexit nos», una síntesis del
magisterio de la Iglesia
sobre el Sagrado Corazón de Jesús
<i>Evaristo Palomar Maldonado</i> | 40 | Hace 75 años
<i>Ibón Elósegui</i> |
| 18 | El Corazón de Jesús y las místicas
medievales (s. XII y XIII)
<i>María Jaurrieta Manresa</i> | 44 | Actualidad religiosa
<i>Javier González</i> |
| 23 | Santa Teresita en la encíclica
«Dilexit nos»
<i>Enrique Martínez García</i> | 46 | Actualidad política
<i>Piero Viganego Busquets</i> |
| 27 | Suavísimo encargo
<i>José Ignacio Orbe hnssc</i> | | |
| 31 | Laudato sí, mi' Signore,
por el hermano Francisco.
A los 800 años de la composición
del «Cántico de las criaturas»
<i>Francesc M^a Manresa i Lamarca</i> | | |

Razón del número

La esperanza que brota del Corazón de Jesús

Ante la actual situación de miseria individual y social es necesario dirigir nuestra mirada confiada al Corazón de Jesús, en Él encontraremos la fuente de nuestra esperanza.

ESTE año 2025, eclesialmente es un año de gracia. Estamos celebrando al mismo tiempo el año jubilar para toda la Iglesia, y el año jubilar del Sagrado Corazón de Jesús, al cumplirse los 350 años de las apariciones en Paray-le-Monial. Estas dos celebraciones tienen providencialmente una íntima relación. Son una respuesta a la humanidad contemporánea, que da el Espíritu Santo por medio de los documentos del Papa Francisco publicados con ocasión de ambos jubileos.

Nuestro mundo está aquejado de una enfermedad grave de desesperanza que se refleja en multitud de actitudes, con graves consecuencias para la vida personal y social. Las razones de este clima de falta de esperanza son muy variadas: si reflexionamos sobre lo ocurrido en los dos últimos siglos encontraríamos alguna respuesta a esta situación. Prácticamente la mayor parte de las filosofías e ideologías imperantes en el mundo intelectual y político en los dos siglos anteriores se caracterizaron por el anuncio de una próxima y plena realización de una gran esperanza. Por fin, la humanidad logra-

ría la realización plena y definitiva de las más altas aspiraciones que ha tenido la humanidad a lo largo de los años: paz, prosperidad, bienestar, salud, en resumen, felicidad. La realidad ha sido radicalmente distinta: junto con los grandes avances

Francisco recuerda las palabras de Juan Pablo II dirigidas a los jesuitas invitándoles a que promovieran la devoción al Corazón de Jesús porque «esta devoción corresponde más que nunca a las esperanzas de nuestro tiempo» (Dilexit nos, 147)

científicos y sobre todo técnicos, la paz no se ha alcanzado, al contrario, las guerras con un mayor alcance destructivo se han repetido, la paz en el mundo es un bien desconocido desde hace ya muchos decenios, la enfermedad continúa estando presente en la vida humana, y cuando no queremos aceptarla aparecen los desvaríos de la eutanasia y el aborto, como pretendidos remedios efi-

caces, y junto con el creciente bienestar económico, del que gozan cada vez mayor número de personas, subsiste de forma escandalosa la miseria en muchos lugares del mundo, y aquellos que gozan de la abundancia experimentan la incapacidad del bienestar para colmar las ansias de felicidad. Esto queda reflejado en el tema de la disminución drástica de la natalidad: «La primera consecuencia de ello es la pérdida del deseo de transmitir la vida. A causa de los ritmos frenéticos de la vida, de los temores ante el futuro, de la falta de garantías laborales y tuteladas sociales adecuadas, de modelos sociales cuya agenda está dictada por la búsqueda de beneficios más que por el cuidado de las relaciones, se asiste en varios países a una preocupante disminución de la natalidad». (*Spes non confundit*, 9)

Una esperanza frustrada no sólo nos lleva a la desesperación sino también nos hace disponibles a buscar esperanzas verdaderas y fundadas. Es urgente y necesario que «el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios,

requiere ser transformado en signos de esperanza». A la búsqueda de esta esperanza responde el papa Francisco cuando recuerda las palabras de Juan Pablo II dirigidas a los jesuitas invitándoles a que promovieran la devoción al Corazón de Jesús porque «esta devoción corresponde más que nunca a las esperanzas de nuestro tiempo» (*Dilexit nos*, 147)

De modo semejante podemos leer en la bula de convocatoria del jubileo: «La esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspassado en la cruz:» (*Spes non confundit* 3).

Cuando se recobra la verdadera esperanza cambia radicalmente la situación social, aparece en el horizonte la posibilidad de realizar aquello que hoy no está al alcance de la mayor parte de los hombres: «La apertura a la vida con una maternidad y paternidad responsables es el proyecto que el Creador ha inscrito en el corazón y en el cuerpo de los hombres y las mujeres, una misión que el Señor confía a los esposos y a su amor... porque el deseo de los

jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas, como fruto de la fecundidad de su amor, da una perspectiva de futuro a toda sociedad y es un motivo de esperanza: porque depende de la esperanza y produce esperanza» (*Spes non confundit*, 9)

Ante la actual situación de miseria individual y social es necesario dirigir nuestra mirada confiada al Corazón de Jesús, en Él encontraremos la fuente de nuestra esperanza. Así lo afirma el Papa recordando las palabras de santa Teresa del Niño Jesús: «La actitud más adecuada es depositar la confianza del corazón fuera de nosotros mismos: en la infinita misericordia de un Dios que ama sin límites y que lo ha dado todo en la cruz de Jesucristo». Ella (santa Teresita) lo vivía con intensidad porque había descubierto en el Corazón de Cristo que Dios es amor: «A mí me ha dado su misericordia infinita, y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas». Por eso la oración más popular, dirigida como un dardo al Corazón de Cristo, dice simplemente: «En ti confío». (*Dilexit nos*, 89)



«Sólo su amor hará posible una humanidad nueva»

«De la herida del costado de Cristo sigue brotando ese río que jamás se agota, que no pasa, que se ofrece una y otra vez para quien quiera amar. Sólo su amor hará posible una humanidad nueva.»

Francisco, *Dilexit nos* 219

El concepto de «corazón» en la encíclica «Dilexit nos»

Pedro del Río de Murtinho

En la llamada a recuperar la importancia del corazón, nos parece que el Pontífice nos está haciendo reparar en la voz de lo más íntimo del hombre, lo más íntimo de cada persona: aquello que su corazón desea desde lo más profundo.

El lugar del corazón en la encíclica

EL papa Francisco, en la encíclica *Dilexit nos*, ha presentado una nueva forma de comprender la devoción al Corazón de Jesús como síntesis de la religión.

La imagen del corazón no está expresando, en primer lugar y según el orden del discurso, el amor con que nos ama Dios (que, de todas formas, es el misterio central en absoluto, como lo manifiesta la idea que encabeza la misma encíclica), sino la realidad y lugar del corazón humano. El Papa ha «entrado» desde una perspectiva existencial de la vida humana para así comprender la centralidad del Corazón de Cristo en la vida de fe, a través de un profundo concepto de corazón. Es como si, por así decirlo, en vez de hablar del objeto de la cuestión, hablara del sujeto que ha de recibirlo: ¿a dónde viene a anidar el Corazón de Cristo en nuestra existencia? ¿cuál es el lugar que viene a ocupar

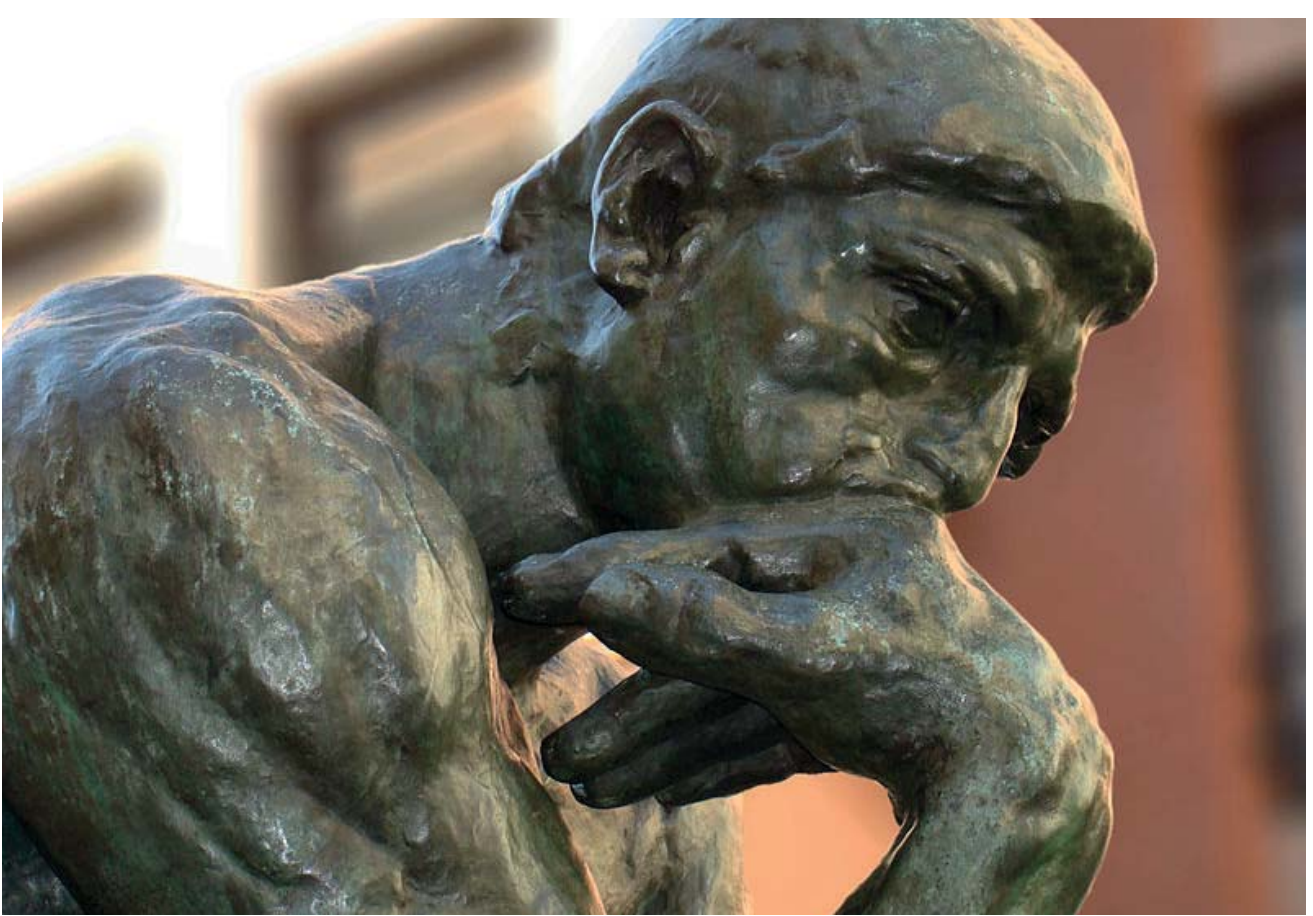
en nuestra vida? ¿por qué el Corazón de Cristo es lo central, la síntesis de la religión? Porque, parece, de alguna manera, que el corazón es lo central del hombre.¹

El propósito de este artículo, por tanto, es intentar esclarecer el concepto de corazón —que parece ocupar un lugar muy importante en la *Dilexit nos*— desde una reflexión filosófica.

El hombre es un misterio para sí mismo

Una primera idea que debemos abordar es que *el hombre es un mis-*

¹ Cf. *Dilexit nos*, n. 79. En cierto modo, a nuestro parecer, el filósofo Dietrich von Hildebrand ha acertado por adelantado en esta perspectiva del papa Francisco: «Sólo cuando comprendemos el papel que juega el corazón en la persona humana estamos en condiciones de percibir que el Sagrado Corazón nos presenta un aspecto especialmente profundo y significativo de la Encarnación». D. von Hildebrand, *El corazón*, 28.



El pensador, Agustín Rodin (S.XX)

terio para sí mismo. Pensemos que, **por una parte, somos conscientes de nosotros mismos.** Por eso podemos decir yo. Vivimos desde la presencia que tenemos de nosotros mismos. Conocemos, amamos, elegimos, sentimos, nos afectamos por cualquier cosa del mundo siempre desde un punto de referencia: es el yo el que vive estos actos. No se trata de que esté siempre pensando en mí, sino de que en cada acto que realizo me tengo a mí mismo como una presencia «de fondo». Soy yo el que desea comer, soy yo el que ve el color azul, soy yo el que se siente asustado, soy yo el que está pensando en matemática, etc.

Pero, por otra parte, debemos reconocer que nos ignoramos. No solo no tenemos claridad de lo que es el hombre en universal (si no, no sería objeto de estudio), sino que, además, nos desconocemos a nosotros mismos (si no, no habría psicólogos).

Además, así como se puede ignorar algo e ignorar que se lo ignora, nosotros mismos podemos vivir ignorando el hecho de que nos des-

conocemos. Es como lo que sucede con el tiempo, vivimos «en medio» del tiempo, usamos esa palabra a menudo, ordenamos nuestra vida en torno al tiempo, etc. Pero basta que, como dice san Agustín, se me haga la pregunta sobre el tiempo para caer en la cuenta de que es un gran misterio. Con nosotros puede pasar exactamente lo mismo: ¡cómo me voy a desconocer si siempre me tengo presente!

Resulta que yo ya estoy viviendo de hecho sin saber quién soy. Se supone que uno toma decisiones en base a cierta idea de uno mismo. Qué es lo que tengo que hacer en el futuro, qué es bueno para mí, qué es lo que soy capaz de alcanzar, qué es lo que he hecho hasta ahora, etc. Pero antes de estar ordenando la vida conforme a esta idea, yo ya estoy viviendo y decidiendo cosas. ¡Qué gran misterio! En la medida en que vivo con una inconsciencia de mí, vivo con una inconsciencia de la vida. Es como una gran construcción ya en marcha pero en la que todavía no se tiene claridad de cuál es el proyecto: mientras hay cier-

tas tareas parciales, la cosa sigue marchando. Marcha hasta que llega alguna situación crítica. Entonces quizá ahí se cae en la cuenta de que la obra no iba a ninguna parte. Las tareas provisionales mantenían oculta la situación crítica.

Lo mismo puede pasar con la vida. Podemos vivir ignorando para qué se vive y se puede vivir ignorando esta situación, porque, en efecto, nos hallamos viviendo antes de realizar cualquier tipo de pregunta. Toda persona parte de una ignorancia de sí mismo y de cuál es su lugar en el universo. Entonces, necesariamente en la vida hay esquemas provisionales. Lo provisional es lo que sirve de forma temporal; sirve hasta que colapsa.

El hombre es como un gran espacio

La segunda idea que debemos abordar es que el hombre es como un gran espacio. La primera, como dijimos, es que el hombre se conoce a sí mismo y a la vez se ignora. ¿Pero en qué sentido tomamos aquí

que cada uno se ignora a sí mismo? Podemos ignorar qué es lo que está pasando ahora en nuestro páncreas; podemos ignorar qué genes hemos heredado de nuestros padres; puedo ignorar realmente cuál es mi carácter; puedo ignorar la causa de mi actual tristeza, etc. Todo esto está en diferentes planos. Todo esto nos pertenece, pertenece a la persona que somos. Es decir, este conocerse e ignorarse se dice en muchos sentidos.

El sentido que tomamos aquí es el de la vida propiamente interior. Decimos, por ejemplo, que «esto me ha afectado en lo más íntimo», o hablamos de «vida interior», que «este es un tipo superficial», que «este retiro me tocó muy adentro», etc. Hay que atender al hecho de que dentro-fuera, interior-exterior, profundidad-superficie, son términos de relaciones espaciales. Cuando se habla así, obviamente no tomamos el espacio en sentido literal. No decimos lo más «adentro» en el sentido en que lo está el páncreas dentro de nosotros. Curiosamente el páncreas está dentro de nosotros, pero no tenemos otra forma de acceder a él más que por fuera, con nuestros sentidos. Ese tipo de interior (en su sentido literal) nos es tan desconocido y cognoscible como para cualquier otra persona.

Pero hay un «adentro» al cual nadie puede llegar por fuera con sus sentidos, así como tampoco con los nuestros. Hay un adentro que solo lo vivimos nosotros, que es el sentido que mencionamos antes al hablar del espacio figurado. Uno no se «abre» en este sentido como en el otro. La introspección no es abrir un conejo, es entrar en nuestras vivencias que es entrar dentro de sí en un sentido espiritual. No tenemos otra forma que referirnos a esto más que

mediante imágenes espaciales, porque es el modo en que naturalmente conocemos. Pero aquí en realidad no hay espacio alguno. Mi tristeza por la muerte de alguien no la podrá ver jamás nadie «por fuera». Pueden ver signos míos: llanto, rostro lúgubre, desánimo. Asimismo, también pueden existir correlaciones neurológicas. También puedo comunicar: estoy triste. Pero la tristeza mía solo la puedo ver yo porque solo yo la vivo. Y las otras personas pueden comprender lo que ven en mí o en lo que yo les comunico por empatía, es decir, porque han padecido algo semejante. Pero no pueden sentir mi sentir. Hay algo incomunicable. Hay una ignorancia de nosotros en el sentido de una vida interior con la cual me reconozco. Esta vida interior es como un gran espacio.

El espacio tiene un orden radial

Ahora, este «espacio», con el cual me he representado mi vida interior, no es homogéneo, sino que presenta una jerarquía radial, de espacios concéntricos. Para explicar esta situación, tomemos dos situaciones hipotéticas: (1) puedo estar triste por saber que de comida hay un plato que no me apetece o, al contrario, puedo estar alegre por la noticia de que la comida incluye algo que me apetece. Y (2) puedo estar triste porque murió mi mejor amigo o, al contrario, estar muy alegre porque se recuperó de una enfermedad mortal.

Parece que estas cosas afectan con distinto nivel de profundidad. Yo vivo ambas situaciones como verdaderamente mías. Ahora, la primera puedo olvidarla fácilmente. Pareciera que es una información que «pasa» por mí. Lo he vivido, pero como que no me puedo

identificar con ella: es una vivencia «superficial» («superficial» no tiene ninguna connotación moral negativa aquí, es simplemente lo que es). Lo segundo, en cambio, ha quedado tan grabado en mí que es difícil distinguirlo de mi persona. Seguramente formará parte de mi historia. Podemos decir que la noticia de mi amigo ha llegado hasta el corazón. Imaginemos la biografía de un personaje en la que se nos cuenta que este, en un determinado día, no le gustó la comida... curiosa biografía. En cambio, cuando me dicen que a san Agustín se le murió su mejor amigo en determinado momento, es algo que me dice quién es Agustín de Hipona. Ambas son vivencias del personaje, pero no todas son igual de profundas.

Lo mismo podríamos decir con otro tipo de actos, como elecciones, conocimientos, recuerdos, etc. Hay algunos que calan profundo y otros que permanecen en la superficie.

A esto apunta la idea de corazón. A un interior, a un centro de la persona. Al centro de cada uno. Hay cosas que son más superficiales en mi vida y otras que me afectan en lo más íntimo. Aquello con lo que me identifico más. Hay ideas, recuerdos, afectos, hábitos, gustos, decisiones, que me son más nucleares, que me configuran en lo que soy en mayor medida. La vida consiste en lo que tengo en el corazón. **Hay un corazón desde donde adquieren unidad todas las cosas. Se vuelven vivencias de una persona, son su identidad.**

Hay que añadir una pequeña idea complementaria a la última, que se nos muestra naturalmente en el lenguaje cotidiano con que nos referimos a la vida interior. En el «espacio» que es la vida interior se percibe una contradicción: el centro

es parte y todo a la vez. Cuando algo me ha tocado en las fibras más interiores, en el corazón, me han afectado en la totalidad. Cuando algo acontece en lo más profundo de mí soy más consciente de mi propia vida, se me patentiza más lo que soy, lo que quiero, mi vida como un problema unitario. En las cosas más superficiales estoy más disgregado. Son aspectos parciales de mi vida. Por eso, se puede afirmar que, en el espacio interior, cuanto más al centro se ubica algo más toca a la totalidad.

El corazón es algo en cierto modo desconocido para sí

Ahora, lo que dijimos con la primera idea hay que unirlo con estas últimas dos y aquí es donde se da uno de los más grandes misterios del hombre. Resulta que esto más íntimo a mí que es el corazón, que es también con lo que más me identifico como totalidad, también lo puedo ignorar. Nos atrevemos a decir que este es el misterio más grande y propio de la vida espiritual humana. Este problema no lo tiene un ángel. Es el gran problema que asombraba y perturbaba a san Agustín. ¿Cómo puede haber algo más íntimo a mí que mí mismo? ¿Cómo puede haber algo que es más yo, por así decirlo, que yo mismo? «Ni yo mismo alcanzo a comprender lo que soy. Significa entonces que el alma es demasiado estrecha para contenerse a sí misma. ¿Pero dónde está la parte que no cabe en ella? ¿Acaso está fuera de ella y no en ella? ¿Cómo, entonces, no se puede abarcar?».

Puedo desconocer muchas cosas de mí mismo, pero que ignoremos lo más interior de nosotros es una cuestión misteriosísima. «¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí?» dice el salmo.

Aquí se está expresando este misterio. El yo se sorprende ante sí mismo y se encuentra como desdoblado porque se halla, por así decirlo, como ante alguien a quien desconoce, pero a la vez que reconoce como a sí mismo.

Hay un tipo de situación vital en la que se manifiesta de forma muy patente este desconcertante desconocimiento. Con la muerte sucede una gran conmoción del corazón. Ante el hecho de la muerte del cercano uno se da cuenta de cosas sobre uno mismo. Uno cree que había cosas que eran muy importantes en la vida, pero, ante esta «sacudida del corazón, ese orden se relativiza, y manifiesta que, para uno mismo, lo verdaderamente importante era algo otro. El orden de valoraciones personales que estructuraba la vida entra en crisis. Por eso mismo la conmoción del corazón implica una gran objetividad. El corazón se rinde ante algo que trasciende las propias preferencias y hábitos que llevaba hasta el momento.

Como lo removido es el corazón, toda la vida se halla conmovida. Uno se da cuenta de que ha vivido en la superficie. Que uno ha estado viviendo, por así decirlo, distraído en cosas marginales; que uno ha estado llevando una vida provisoria. Pero con la conmoción, el corazón exige un fundamento verdadero.²

2 Como dice Von Hildebrand, «conmoverse, en su sentido genuino, es una de las experiencias afectivas más nobles: es el reblandecimiento de la propia aridez o insipidez de corazón, es una rendición ante las cosas grandes y nobles que provocan lágrimas. [...] Conmoverse ante la belleza sublime de la naturaleza o del arte o de alguna virtud moral como la humildad o la caridad es permitir que penetre en nosotros la luz interior de tales valores y abrirse a su mensaje de lo alto. Es una rendición que implica reverencia,

San Agustín relata en las *Confesiones* una experiencia de esta índole: la muerte de su mejor amigo. Ante este hecho señala que su «corazón quedó ensombrecido por tanto dolor», y dice: «Estaba hecho un lío, preguntándome una y otra vez: ¿Por qué estás triste? ¿Por qué te conturbas? Pero no tenía respuesta» (IV, 4). Agustín comienza a mirar su corazón sorprendido, como desconociéndolo: «Aquí está mi corazón, oh, mi Dios. Mira dentro de él» (IV, 6). Con esta revelación del corazón se le relativizó todo lo que él creía muy importante en su vida:

Tampoco hallaba la paz en el canto, ni el juego, ni en los banquetes espléndidos, ni en los deleites del lecho y del hogar, ni siquiera en los libros ni en los versos. [...] «Así vine a ser una infeliz morada para mí mismo, donde ni podía estar ni de donde me era dado salir. ¿Podía caso mi corazón huir de mi corazón? ¿Adónde huir de mí mismo que no fuese tras de mí?»

¿Puede el corazón huir de sí mismo? ¿No es el verdadero yo el que se nos muestra con pasmosa evidencia en ciertas situaciones? ¿Cómo huir de mí mismo? Agustín ya vivía, como dijimos antes, de ciertas cosas, pero ante la conmoción de la muerte cae en la conciencia de la profundidad de su corazón y de lo que le exige para la vida. La vida desde la superficie se le manifestó como provisoria. Se trata de una revelación del corazón, revelación que también se puede dar en otras circunstancias, tales como el enamoramiento.

En el corazón se encuentra la memoria de Dios

Después de haber situado concisamente el concepto de corazón, humildad y ternura». *Op. cit.*, 42-43.



Agustín de Hipona, doctor de la Iglesia, en un retrato del s. XVIII

tenemos que abordar la idea de que en el corazón habita Dios.

Ya que estamos con san Agustín, veamos unas palabras que dice un poco más adelante de la experiencia vital relatada:

«Alma mía, no seas vana. Que el oído de tu corazón no se haga sordo por el ruido de tu vanidad. Oye tú también al mismo Verbo que clama y te dice que vuelvas y que este es tu centro y lugar de inquietud imperturbable, donde el amor no se pierde, si no se le abandona» (IV, 11).

Hemos visto que, en el desconocimiento de uno mismo, hay un lugar en ese espacio muy íntimo, muy al centro, que, a la vez, abarca la totalidad de la persona y que misteriosamente también desconocemos. Hay algo en mí no puesto por mí y que no reconozco como ajeno. Aquí san Agustín está diciendo que este corazón le está exigiendo algo. Algo a lo que el mismo corazón no puede hacerse sordo. El corazón está demandándole algo a sí mismo, algo

que lo tenía oculto mientras vivía en la superficie de su mismo edificio: un lugar donde el «amor no se pierde». Es ahora el yo más íntimo el que le está pidiendo que ponga su peso

Hay una memoria de la felicidad. Pero si cuando busco a Dios lo que estoy buscando es la felicidad, es que existe entonces cierta memoria de Dios en nosotros, una presencia de Dios en el fondo del corazón.

en el lugar donde puede llevarlo, un lugar donde puede reposar, que no es donde él creía estar: «vuelve, que este es tu centro y lugar de quietud imperturbable». La conmoción del corazón le ha traído presente la conciencia de la vida.

Santo Tomás nos dice que lo propio de la vida es moverse por sí mis-

mo y que existen diferentes grados de vida: plantas, animales y el hombre (S.Th. I q.18 a.3 c.). Llega a afirmar que el hombre es más viviente porque de alguna manera se mueve más perfectamente a sí mismo. Es el mismo hombre el que se puede indicar fines: quiero hacer esto o lo otro. Por eso la vida del hombre es personal. Cada vida humana es distinta, a diferencia de los otros vivientes físicos. Hay algo que el hombre «fragua» en su interior y que orienta su vida. Sin embargo, santo Tomás dice que en el mismo hombre hay algo que él no decide, sino que le es impuesto por la naturaleza. Al hombre le es puesto por naturaleza «el último fin, que no puede dejar de querer». Por eso, desprende que el hombre se mueve perfectamente a sí mismo en comparación con el resto del universo físico, pero hay algo en lo que no se mueve a sí mismo, sino que es movido, nada más y nada menos que el fin último. En términos subjetivos, el fin último es

la felicidad del hombre. Nada hay más nuclear en cada persona que el tema de la felicidad. Resulta que respecto a la felicidad el hombre es movido. Yo puedo elegir esto o lo otro, estudiar, estar con los amigos, dedicarme a jugar fútbol, pero hay algo en lo que yo no me muevo a mí mismo, sino que soy movido, pero esto en lo que soy movido es lo más íntimo, el deseo de felicidad. Hay algo más íntimo a mí mismo que yo, y que, misteriosamente me mueve a mí. No solo yo no elijo ser, sino que, además, no elijo lo que mi corazón demanda.

Ahora, vamos a san Agustín. Decíamos que luego de la muerte de su amigo, su propio corazón se volvió un misterio para sí; quería saber qué es lo que estaba buscando desde lo más profundo suyo. Esa misma búsqueda de la felicidad la identificó con su pregunta por Dios: «Cuando te busco a ti, Dios mío, estoy buscando la vida bienaventurada».

Para buscar a Dios se plantea el mismo problema de cómo llevar a cabo la búsqueda. ¿Cómo saber lo que anda buscando? Expresa esta situación poniendo el símil de la mujer que busca la dracma perdida. Para buscar algo perdido hay que tenerlo de alguna forma presente en la memoria, pues «una vez hallada, ¿cómo podría saber que era la misma si no se acordaba de ella?»

Y para intentar recordar algo olvidado no hay que haberlo olvidado del todo, de otra forma, tampoco podría reconocer que era eso lo que había olvidado cuando lo recuerde: «Nunca se puede decir que olvidamos totalmente una cosa, al menos cuando recordamos que la hemos olvidado. Si la hubiéramos olvidado del todo, ni siquiera seríamos capaces de buscar lo perdido» (X,19).

Ha dicho antes que **para buscar**

algo perdido u olvidado hay que poseerlo de alguna forma en la memoria, de otra manera no habría cómo buscarlo. Luego, dice que cuando se busca a Dios se busca la vida feliz, aquella por la que vive el alma. Esto es algo que todo hombre desea, es decir, busca. Cada uno reconoce buscarlo como fondo de sus actos. Entonces, para buscarla hay que tenerla presente de alguna forma, es decir, hay que tener cierta memoria de la felicidad como para buscarla y reconocerla luego en aquello en lo que está. **Hay una memoria de la felicidad. Pero si cuando busco a Dios lo que estoy buscando es la felicidad, es que existe entonces cierta memoria de Dios en nosotros, una presencia de Dios en el fondo del corazón.** Esto es lo que santo Tomás dice que es aquello en lo que somos movidos.

Es decir, san Agustín, ha reconocido, ante la muerte de su amigo, un requerimiento de su corazón en lo más íntimo de su ser, algo que no domina, sino que le mueve. Esto mismo que le mueve desde lo más interior de su espacio interior es ya la presencia divina, que le ha creado, y que está en lo más íntimo de su ser como más íntimo que él mismo. Dice: «todavía hay en el hombre algunas cosas que el mismo espíritu del hombre no entiende. Sólo tú, Señor, sabes todas sus cosas, porque le has hecho». San Agustín se dio cuenta de que Dios quiere que «entremos en nuestro corazón y lo hallemos allí» (IV,12). Por eso puede decir: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tú estabas dentro y yo fuera, y fuera de mí te buscaba. (...) Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me tenían lejos de ti todas esas cosas que no existirían si no tuvieran existencia en ti».

El Corazón de Cristo pide nuestro corazón

En el llamamiento a recuperar la importancia del corazón, nos parece que el Pontífice nos está haciendo reparar en la voz de lo más íntimo del hombre, lo más íntimo de cada persona: aquello que su corazón desea desde lo más profundo. Esta voz puede permanecer muy oculta por diversas razones. Entonces llevamos una vida desde la superficie, desconociéndonos en lo que somos. Esta vida provisoria no es capaz de fundamentar «un proyecto sólido para nuestra vida» (n.6).

Citando al papa Benedicto XVI, dice Francisco:

Toda persona necesita tener un «centro» de su vida, su manantial de verdad y de bondad del cual tomar para afrontar las diversas situaciones y la fatiga de la vida diaria. Cada uno de nosotros, cuando se queda en silencio, no sólo necesita sentir los latidos de su corazón, sino también, más en profundidad, el pulso de una presencia fiable, perceptible con los sentidos de la fe y, sin embargo, mucho más real: la presencia de Cristo, corazón del mundo (n.80).

Cristo, aquél que haciéndose hombre ha venido a mostrar al mundo y a cada persona aquello que desde lo más profundo desea, también nos muestra el lugar desde donde debemos abrirnos para acoger esta noticia. Nos muestra cómo debe ser el corazón del hombre, nos muestra la plenitud a la que está llamada el ser humano: «Su deseo es que, impulsados por el Espíritu que brota de su Corazón, “con Él y en Él” vayamos al Padre. [...] Eso mismo es lo que el Espíritu Santo, que llega a nosotros desde el Corazón de Cristo, busca alimentar en nuestros corazones».

El Verbo se hizo carne

Esteban López Larraechea hnssc

El Corazón de Cristo nos habla de un Amor eterno, meta hacia la cual se dirige nuestra atención. Pero este ascenso lo hace mediante tres pasos, tres amores, perfectamente integrados en la única persona del Verbo encarnado.

MIRA este Corazón». Es la insistencia del Señor a santa Margarita, que se vuelve a proponer de forma universal para toda la Iglesia. En él vemos lo que san Juan contempló y palpó con sus manos «del Verbo de la Vida, pues la Vida se hizo visible». Insiste el Papa, y nosotros también, en la necesidad de contemplar este Corazón atravesado, pues en él se encuentra la síntesis de nuestra religión. «En este signo sensible y accesible se manifiesta el modo como Dios ha querido revelarse y volverse cercano».

El signo del Corazón

Nos habla de una realidad física, de un corazón de carne. Es que nuestra relación con Dios no es una mera trascendencia y elevación a las realidades sobrenaturales, sino que se da en la realidad de una carne como la nuestra. Ha querido entrar en nuestra condición histórica, «el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros».

El signo del corazón habla de intimidad personal, de la totalidad de

la persona, habla de sentimientos humanos que «se vuelven sacramento de un amor infinito y definitivo». Quizás en esto está el *quid* de la imagen de su Corazón. Nos habla del amor divino y humano de Cristo, pero insistiendo con mucha fuerza en el «plenamente humano». No solo porque la verdad de la Encarnación precisa que todo lo humano haya sido asumido y redimido, sino porque es precisamente en el contacto con esa humanidad de Cristo como somos elevados a Dios.

Al modo como el signo sacramental manifiesta y comunica una realidad divina, así el Corazón de Cristo nos habla de un Amor eterno, meta hacia la cual se dirige nuestra atención. Pero este ascenso lo hace mediante tres pasos, tres amores, perfectamente integrados en la única persona del Verbo encarnado.

Amor sensible

En primer lugar, hay un amor sensible. Verdaderamente Cristo «palpitó de amor y de todo otro afecto sen-



La Santísima Trinidad de Corrado Giaquinto (s.XVIII)

sible por nosotros». Pareciera que el Papa quiere enfatizar especialmente este punto, quizás para prevenirnos de toda espiritualidad desencarnada. Jesús ama, y ama con sentimientos y emociones, pues la afectividad es «una realidad que, una vez asumida por Cristo, ya no es ajena a la vida de la gracia». Pero hay que señalar que estos sentimientos están plenamente transformados por su amor divino. No porque dejen de ser humanos, sino porque, al ser los sentimientos de la persona del Verbo, no se mueven por las inclinaciones de la concupiscencia, sino que se integran en el querer de Dios, y por ello vibran y gozan en sintonía con el amor de Dios. Así se convierten para nosotros en la expresión sensible y palpable de lo que Dios vive en su comunión trinitaria.

Amor de voluntad

En segundo lugar, está el amor de la voluntad humana de Jesús. Nos referimos con esto a toda la vida interior de Cristo: sus deseos de redimirnos; su libre voluntad con la que elige redimirnos en obediencia al Padre; sus virtudes, en especial la caridad que arde en su Corazón de carne.

¿Realmente necesitaba de esta gracia creada? Él es el Verbo eterno y vive en perfecta unidad con el Amor increado, el Espíritu Santo, ¿le hace falta, entonces, esta gracia creada? Es que la humanidad de Cristo es también parte de la creación, aunque fue asumida por la persona del Verbo. Esta naturaleza humana también necesitaba ser elevada por el don del Espíritu Santo y perfeccionada por la gracia. Y por la perfecta unión y cercanía con la Persona del Verbo, su humanidad tiene la plenitud de la gracia. Es más, precisamente esta plenitud de gracia de

Cristo es la que se nos comunica y redundante sobre nosotros, pues «de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia». Es la denominada gracia capital, por la cual justifica y comunica la vida a la Iglesia.

Amor divino y eterno

El Corazón de Cristo, en último término, nos habla del amor invisible y eterno de la persona del Hijo, que comparte con toda la Trinidad. Nos referimos a ese amor increado, que ha hecho todas las cosas, pues

El corazón de carne habla verdaderamente de amor divino y nos manifiesta la intimidad de Dios.

es Dios mismo. Ese Amor que es objeto de nuestra fe y de nuestra adoración. El corazón de carne habla verdaderamente de amor divino y nos manifiesta la intimidad de Dios. Aquí volvemos a repetir las palabras de san Juan: la Vida se hizo visible, se hizo palpable, se hizo carne, para elevarnos al misterio de Dios. Vale la pena leer el prólogo de san Juan, y el comienzo de su primera carta, donde busca comunicarnos que esta

Palabra de Vida eterna se abaja y se hace palpable, para que el contacto con su humanidad nos infunda la gracia que se encierra en Él. Pues este amor divino no se queda como un mero enunciado de verdad, sino que al manifestarse se nos comunica, se entrega a nosotros para que vivamos en comunión con la Trinidad.

Perspectivas trinitarias

La encíclica del Papa desarrolla, quizás más que ninguna otra encíclica del Corazón de Jesús, los aspectos trinitarios de esta devoción. No es extraño, pues toda nuestra fe queda iluminada y orientada por el amor del Corazón de Cristo. Cuánto más nuestra relación de amor y amistad con las personas de la Trinidad.

El Papa señala que la devoción al Corazón de Jesús es marcadamente cristológica, es una llamada a la unión con Él. Y es precisamente por esto por lo que esta devoción nos introduce en la vida trinitaria, pues ese Corazón con quien queremos identificarnos vive en una íntima relación con el Padre, movido por el Espíritu Santo. A nosotros se nos invita a participar de esa gracia que abunda en Cristo, a vivir del amor de su Corazón, para ir con Cristo al Padre en el Espíritu Santo.

El Papa enseña que Jesús estaba íntimamente orientado hacia el Padre, y quiere que compartamos esa relación con Él, que nos reconozcamos amados y protegidos por Él como hijos de Dios. Por eso, por ejemplo, nos enseña a rezar con el Padrenuestro.

Para que podamos vivir como hijos de Dios nos comunica su mismo Espíritu, el Espíritu Santo, quien nos desvela la plenitud interior que hay en Cristo, y a la vez nos la va comunicando gradualmente. Él gime en nuestro interior y nos hace clamar «*Abba, Padre*». Así, «la acción del Espíritu Santo en el corazón humano de Cristo provoca sin cesar esa atracción hacia su Padre. Y cuando nos une a los sentimientos de Cristo por la gracia, nos hace partícipes de la relación de Hijo con el Padre».

Para conformarnos, pues, con su amor al Padre, para introducirnos en esa comunión amorosa que se vive en el interior de la Trinidad, Cristo nos envía al Espíritu Santo que abunda en Él y que ha conformado su humanidad por la caridad, para que el Espíritu configure nuestro corazón y nos infunda los mismos sentimientos del Corazón de Cristo. Este Corazón tiene un triple amor, y nos lo comunica a nosotros, para que, enamorados sensiblemente con su mismo fuego de caridad, «seamos arrebatados al amor del Invisible».

«El Corazón de Cristo es la obra maestra del Espíritu Santo»

Es el Espíritu el que ayuda a captar la riqueza del signo del costado traspasado de Cristo, del que nació la Iglesia (cf. Const. *Sacrosanctum Concilium*, 5)». [62] En definitiva «sólo el Espíritu Santo puede abrir ante nosotros esta plenitud del 'hombre interior', que se encuentra en el Corazón de Cristo. Sólo Él puede hacer que desde esta plenitud alcancen fuerza, gradualmente, también nuestros corazones humanos». [63]

Francisco, *Dilexit nos*, 75

«Dilexit nos», una síntesis del magisterio de la Iglesia sobre el Sagrado Corazón de Jesús

Evaristo Palomar Maldonado

La Annum Sacrum, de León XIII (1899); la Misserentissimus Redemptor, de Pío XI (1928) y la Haurietis aquas son citados en la encíclica como textos nucleares en la devoción al Corazón de Jesús.

LA encíclica *Dilexit nos*, y relativo a las declaraciones dogmáticas y el Magisterio romano sostenido desde el acto de consagración del género humano al Corazón de Jesús a nuestros días, sin atender las propias del papa Francisco, presenta sesenta y cinco referencias: siete, en la parte primera; veintinueve, en la tercera; y ocho y veintiuna, respectivamente en la cuarta y quinta. De entre las dogmáticas y conciliares, Éfeso y el II Constatinopolitano, así como el Trentino y el Vaticano II, atendiendo principalmente la constitución pastoral *Gaudium et spes*; con Pío VI, en su *Auctorem fidei*, vuelve sobre el culto a la imagen... Tocante más específicamente al Magisterio contemporáneo, el texto es pródigo, siendo san Juan Pablo II el más citado con independencia del lugar (veinticuatro citas del total de cincuenta y una).

Destaca de entre el mismo Magisterio los textos que, siendo nucleares

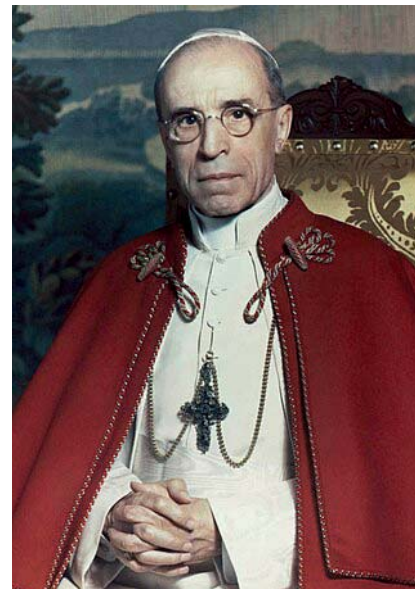
en la devoción al Corazón de Jesús, se muestran como informantes del conjunto de la encíclica: *Annum Sacrum*, de León XIII (1899); *Misserentissimus Redemptor*, de Pío XI (1928); *Haurietis aquas*, de Pío XII (1956). El primero recibe cuatro referencias; el segundo, seis; y el tercero, diez; constando *Misserentissimus* en los apartados tercero, cuarto y quinto, los otros dos se refieren en el segundo y en el quinto. Ahora, y por razón de estos mismos textos –referencia expresa a santa Margarita María y al *munus suavissimum*–, nos parece exigido tener en cuenta la conmemoración por san Juan Pablo II de *Annum Sacrum* (Varsovia, 1999), así como las cartas al Padre general de la Compañía de Jesús, con motivo respectivamente del III centenario de dicho *munus* –san Juan Pablo II, Paray-le-Monial, 1986–, y del cincuentenario de *Haurietis aquas* –Benedicto XVI, Roma, 2006–, donde se ofrecen una lectura



Leon XIII



Pio XI



Pablo VI

tanto de las enseñanzas de sus predecesores como de los actos eclesiales, al mismo tiempo que confirman la trascendencia y recepción por parte de la Iglesia de las revelaciones de Paray.

Sin abundar en este momento en los textos, indiquemos sucintamente que el objeto de los tres es uno y el mismo, el Sagrado Corazón de Jesús, variando los aspectos de consideración: *Annum Sacrum*, la consagración del género humano; *Misericordissimus Redemptor*, la reparación debida; *Haurietis aquas*, su confirmación, atendido el espíritu y la letra de Paray, saliendo al paso de objeciones y contestación creciente, y que conmemoraba el centenario de la universalidad litúrgica de la fiesta.

Hay interrelación formal entre consagración y reparación que es precisamente por donde concluirá la enseñanza del papa Francisco, «como entrega total al Reino».

La parte III, intitulada «Este es el Corazón que tanto amó», muestra en la devoción al Corazón de Cristo, desde la veneración de su imagen, la adoración de la misma Trinidad divina. Delimita el culto, trayendo a co-

lación al venerable Pío XII y a León XIII, de manera que la devoción se dirige al mismo Jesucristo, en cuya imagen se destaca su Corazón, «signo privilegiado del centro más íntimo del Hijo encarnado y de su amor a la vez divino y humano, porque más que cualquier otro miembro de su cuerpo es “signo o símbolo natural de su inmensa caridad”»¹, sin que obste, al contrario, el culto a su mismo Corazón viviente, «adorado “en cuanto es el corazón de la persona del Verbo, al que está inseparablemente unido”», «símbolo e imagen expresiva de la caridad infinita de Jesucristo», citando las palabras originales de León XIII: «*Inest in Sacro Corde symbolum atque expressa imago infinitae Iesu Christi caritatis*»².

Más adelante se detiene la encíclica en la razón que viene a confirmar lo que en el sentir común se expresa «como centro afectivo del ser humano», y que Pío XII recordó cuando enseña que, referido al amor del Co-

razón de Jesús, éste «comprende no sólo la caridad divina, sino también los sentimientos de un afecto humano. [...] No hay duda de que el Corazón de Cristo, unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, palpito de amor y de todo otro afecto sensible»³; imagen la del Corazón que comprende su triple amor, el divino infinito..., la caridad infundida en su alma,... su amor sensible, que operan unidos⁴. Caridad de su Corazón que manifiesta la plenitud del Espíritu Santo que, habiendo sido prometido, nos fue dado de su costado, del que nació la Iglesia; texto este extraordinariamente notable, dado que refiere la conmemoración por san Juan Pablo II de la consagración llevada a cabo por S.S. León XIII, para incidir poco después cómo el Corazón de Jesús es revelación de la misericordia del Padre, de manera que por el Espíritu y en, por y con Cristo vayamos a quien es «manantial de todo amor auténtico»⁵.

3 DN 61, *Haurietis aquas* 11-12.

4 DN 65, *Haurietis aquas* 15; DN 66, *Ibid.*, 28.

5 Cf. DN 75 y 77, Juan Pablo II, mensaje con motivo del centenario de la consagración del género humano al Sagrado Corazón realizada por León XIII, Varso-

1 DN 48, Pío XII, Carta enc. *Haurietis aquas* (15 de mayo de 1956), 6: AAS 48 (1956) 316.

2 DN 50, León XIII, Carta enc. *Annum Sacrum* (25 de mayo de 1899): ASS 31 (1898-99) 649; nota 31.

Ahora refiere los tres textos trayendo citas nucleares de los mismos. Dados los límites del presente artículo no podemos recogerlas en la extensión de su literalidad: el Corazón de Cristo, nuevo lábaro, citando a León XIII en su significado histórico, «Hoy, tenemos aquí otro emblema bendito y divino que se ofrece a nuestros ojos: es el Corazón sacratísimo de Jesús, sobre el que se levanta la cruz, y que brilla con un magnífico resplandor rodeado de llamas. En él debemos poner todas nuestras esperanzas; tenemos que pedirle y esperar de él la salvación de los hombres»; norma de vida más perfecta, en palabras de Pío XI; síntesis de todo el misterio de nuestra Redención, declarando a Pío XII⁶. Para explicar por extenso a este último: 1º, no aislar en nuestra vida cristiana la imagen del Corazón, sino adorarla en la luz del Evangelio; 2º, su fundamento y razón no es una revelación privada; 3º, ¿cómo no procurará «adorar juntamente con la Iglesia el símbolo y como la huella de la Caridad divina, la cual llegó también a amar con el Corazón del Verbo Encarnado al género humano?»; 4º, lo contrario se corresponde con un «falso misticismo» que, despreciando todo lo humano, invoca cierto elitismo y nos situaría ante un Dios distante y lejano⁷.

La parte IV se despliega bajo el enunciado «Amor que da de beber», y es una grandiosa exposición de la devoción a lo largo del conjunto de la historia. El primer capítulo, «Sed del amor de Dios», señala el Corazón de Jesús, fuente de vida, y reproduce las

via (11 de junio de 1999).

6 Cf. DN 79, atendiendo notas 69, 70, 71: *Annum Sacrum*; Pío XI, Carta enc. *Miserentissimus Redemptor* (8 de mayo de 1928), 3: AAS 20 (1928), 167; *Haurietis aquas* 2, 24, 26.

7 Cf. DN 82-83, 85-86, *Haurietis aquas* 28.

palabras de san Juan Pablo II dirigidas a la Compañía de Jesús: «los elementos esenciales de esta devoción pertenecen, de manera permanente, a la espiritualidad propia de la Iglesia a lo largo de toda su historia; pues desde el principio la Iglesia ha dirigido su mirada al Corazón de Cristo traspasado en la cruz»⁸; para incidir en el *munus* dirigido expresamente a la Compañía en Paray, citando de nuevo a san Juan Pablo II: «"mantener un diálogo" con él, corazón a corazón, "es característico, gracias a los ejercicios espirituales, del dinamismo espiritual y apostólico ignaciano, todo él al servicio del amor del Corazón de Dios"»⁹.

Tocando un aspecto de la reparación, consolar el Corazón de Cristo, se apoya en la doctrina de Pío XI: 1º, en cuanto el acto de la redención «traspasa» y abarca todo tiempo y espacio; 2º, sin que obste, al contrario, el hecho de que la realidad presente de Jesucristo en el Cielo es gloriosa: «Mas —escribe el Papa Pío XI—, ¿cómo podrán estos actos de reparación consolar a Cristo, que dichosamente reina en los Cielos? Respondemos con palabras de san Agustín: "Dame un corazón que ame y sentirá lo que digo"»; 3º, el Evangelio es vida y no admite desconexiones que «no parecen contener la verdad de esta experiencia creyente donde se funden la unión con Cristo sufriente y a la vez la potencia, el consuelo y la amistad que gozamos con el Resucitado»¹⁰.

8 DN 101, carta al Preósito general de la Compañía de Jesús, Paray-le-Monial (5 octubre de 1986): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (19 de octubre de 1986), p. 4.

9 DN 147, carta al Preósito general de la Compañía de Jesús, Paray-le-Monial 4.

10 DN 153, 155-156, *Miserentissimus Redemptor* 10.

En la parte V y última desgrana la respuesta que nos pide el Corazón de Dios, el Amor pide amor: «Amor por amor». Desenvuelve la reparación en toda su dimensión social como *missio* y es consecuencia de la misma respuesta como consagración: entrega a la tarea de la misión. Comienza por «Un lamento y un pedido», que vuelve sobre la enseñanza de *Annum Sacrum* en toda su dimensión, «Tengo sed, pero una sed tan ardiente de ser amado de los hombres en el Santísimo Sacramento, que esta sed me consume; y no hallo nadie que se esfuerce, según mi deseo, en apagármela, correspondiendo de alguna manera a mi amor... Así enseña León XIII, escribiendo que, mediante la imagen del Sagrado Corazón, la caridad de Cristo "nos incita a devolverle amor por amor"»¹¹.

Se concreta, desde las heridas del Corazón de Cristo, en apertura a los demás, para lo que remite a la carta dirigida por S.S. Benedicto XVI a la Compañía¹², de modo que —apoyándose en Pío XII— si bien el único sacrificio de la cruz es infinito, «la Iglesia, que nace del Corazón de Cristo, prolonga y comunica en todos los tiempos y en todas partes los efectos de esa única pasión redentora, que orientan a las personas a la unión directa con el Señor»¹³. Y abre, retomando de nuevo la carta de san Juan Pablo II al Padre general de la Compañía de Jesús, la esperanza del Reino, «entregándonos junto al Corazón de Cristo, "sobre las ruinas acumuladas por el odio

11 DN 166, *Annum Sacrum*.

12 DN 171, Cf. Benedicto XVI, carta al Preósito general de la Compañía de Jesús, con motivo del 50º aniversario de la encíclica *Haurietis aquas* (15 de mayo de 2006): AAS 98 (2006) 461.

13 DN 174, *Haurietis aquas* 26.

y la violencia, se podrá construir la tan deseada civilización del amor, el reino del Corazón de Cristo”; esto ciertamente implica que seamos capaces de “unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo”; pues bien, “esta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador”¹⁴.

Culmina en una propuesta desde Pío XI: enamorar al mundo, ofrendando «al Corazón de Cristo una nueva posibilidad de difundir en este mundo las llamas de su ardiente ternura», abriéndonos a «actos de amor fraterno con los cuales curamos las heridas de la Iglesia y del mundo»; de manera que «la reparación que ofrecemos es una participación que aceptamos libremente en su amor redentor y en su único sacrificio. Así completamos en nuestra carne «lo que falta a los padecimientos de Cristo, para bien

14 DN 182, carta al Prepósito general de la Compañía de Jesús, Paray-le-Monial 4.

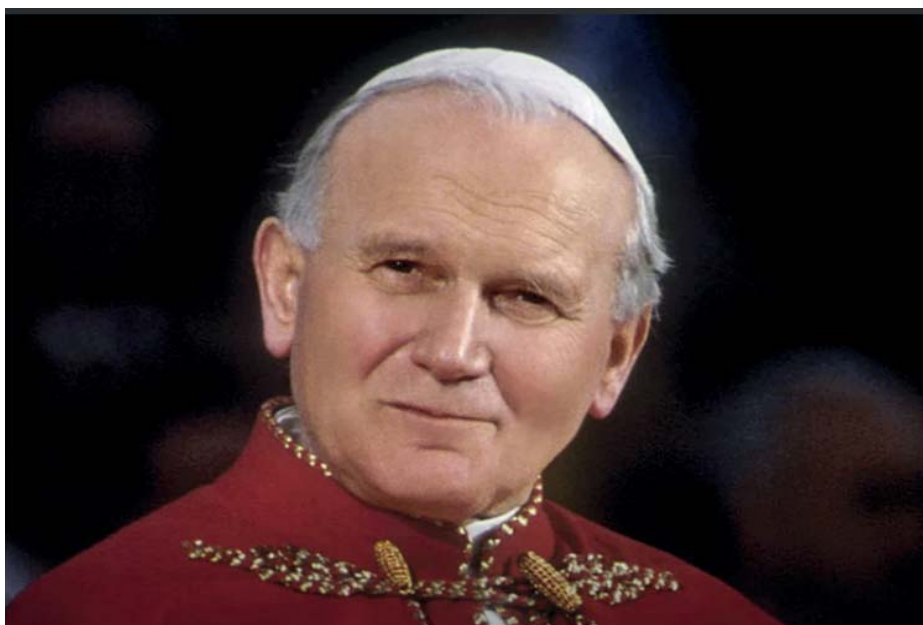
de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24) y es el mismo Cristo quien prolonga a través de nosotros los efectos de su entrega total por amor»¹⁵.

La última referencia es a la conmemoración centenaria de *Annum Sacrum* por san Juan Pablo II, y donde, vinculando vitalmente consagración y reparación, primero define ésta como «la cooperación apostólica a la salvación del mundo», de tal manera que «la consagración al Corazón de Cristo se ha de poner en relación con la acción misionera de la Iglesia misma, porque responde al deseo del Corazón de Jesús de propagar en el mundo, a través de los miembros de su Cuerpo, su entrega total al Reino».¹⁶

15 DN 200-201, *Miserentissimus Redemptor* 5.

16 DN 206, mensaje con motivo del centenario de la consagración del género humano al Sagrado Corazón, realizada por León XIII, 6.

San Juan Pablo II



«Expresiones magisteriales recientes»

«Varios de mis predecesores se han referido al Corazón de Cristo e invitaron a unirse a él con lenguajes muy diversos. A fines del siglo XIX, León XIII nos invitaba a consagrarnos a él y en su propuesta unía al mismo tiempo el llamamiento a la unión con Cristo y la admiración ante el esplendor de su infinito amor. [69] Unos treinta años después Pío XI presentaba esta devoción como una suma de la experiencia de fe cristiana. [70] Más aún, Pío XII sostuvo que el culto al Sagrado Corazón expresa de modo excelente, como una sublime síntesis, nuestro culto a Jesucristo. [71]» Más recientemente, san Juan Pablo II presentó el desarrollo de este culto en los siglos pasados como una respuesta ante el crecimiento de formas rigoristas y desencarnadas de espiritualidad que olvidaban la misericordia del Señor, pero, al mismo tiempo, como un llamamiento actual ante un mundo que pretende construirse sin Dios.

Francisco, *Dilexit nos*, 79-80

El Corazón de Jesús y las místicas medievales (s. XII y XIII)

María Jaurrieta Manresa

Entre las hijas espirituales de san Bernardo constatamos no solo la devoción de las «cinco llagas», sino un cariño especial al Corazón lacerado y ardiente del Señor.

Una aproximación

DESDE la muerte de san Benito, Europa se llena de monasterios, verdaderas ciudadelas de Dios, que se convertirán durante toda la Edad Media en verdaderos focos de espiritualidad, cultura y orden social. Reformas sucesivas mantuvieron viva la llama de estas comunidades, que desde su áspera vida de penitencia, trabajo y oración, concretado en el *ora et labora*, levantaron y mantuvieron una civilización: la Cristiandad medieval.

Sin embargo, al mismo tiempo, el pecado y la herejía acechaban. Además del desorden moral, el error de la herejía cátara –nueva cabeza de la hidra gnóstica–, confundía al Pueblo de Dios y acentuaba el desorden moral afirmando un doble principio divino: un dios bueno, autor de lo espiritual y lo sobrenatural y un dios malo, autor de lo material, corpóreo. La Iglesia, sin embargo, responde con contundencia. Los predicadores instruyen al pueblo invitándoles a meditar y contemplar la humanidad de Cristo. Cómo Dios

abraza y eleva la condición humana a través de la encarnación. Fruto de esto es la inmensa popularidad que tendrá durante el medioevo la devoción a la Pasión de Nuestro Señor, y especialmente el crucifijo y las «cinco llagas».

Las llagas muestran el inmenso amor del Salvador y son compuertas abiertas de su misericordia. Dice **san Bernardo de Claraval**: «Agujearon sus manos y pies y atravesaron su costado con una lanza; y, a través de estas hendiduras, puedo libar miel silvestre y aceite de rocas de pedernal, es decir, puedo gustar y ver qué bueno es el Señor».

En este ambiente la Providencia designó una serie de personas para recibir especiales confidencias del Rey de Reyes. Los nombres son numerosos: **Juliana de Norwich**, **Ángela de Foligno**, **san Francisco de Asís...** y todos y cada uno aportan un ejemplo de vida valiosísimo para los cristianos de todos los tiempos. En este artículo, sin embargo, nos centraremos en dos figuras mencionadas por el papa Francisco en la carta encíclica *Dilexit Nos* y vincula-



Cristo se aparece a santa Lutgarda, (Gaspar de Crayer s. XVII, Agustinas de Amberes)

das a la pujante vida monástica de la época medieval: santa Lutgarda de Aywières (†1246) y las místicas del monasterio de Helfta entre las que está santa Gertrudis la Grande (†1302).

En estas hijas espirituales de san Bernardo constatamos no solo la devoción de las Cinco llagas, sino un cariño especial al Corazón lacerado y ardiente del Señor. Lo contemplan como fuente del amor que lava nuestras culpas con la sangre y el agua que brotan de su costado abierto. Y no sólo esto, sino que comprenden la necesidad de expiar y reparar este corazón herido. Se manifiestan así los fundamentos de lo que será la devoción al Corazón de Jesús, que el papa Pío XII declaró ser «compendio de toda religión y aun la norma de vida más perfecta»¹.

Santa Lutgarda: amar «sine modo»

Santa Lutgarda (1186-1246), cuya vida y enseñanzas conocemos a través de su biógrafo y director espiritual Tomás de Cantimpré, era una

joven de familia acomodada que se formaba en la escuela del monasterio cisterciense de santa Catalina (Bélgica). Dotada con grandes dotes naturales de belleza, simpatía e inteligencia, Lutgarda vivía entregada a las vanidades del mundo y el amor de los hombres.

Un día, mientras entretenía a uno de sus pretendientes en el locutorio del convento, apareció ante ella la figura hermosa y resplandeciente de Nuestro Señor que, mostrándole su Corazón abierto y sangrante, le dijo: «No busques más la lisonja del vanidoso amor. Mira aquí y contempla lo que debes amar y por qué tienes que amarlo»². Arrebatada por esta visión, Lutgarda despidió con duras palabras al pretendiente y dedicó los siguientes meses de su vida a descubrir cómo amar a ese Corazón traspasado. Recogiendo las palabras de san Bernardo, su confesor respondió a su duda: al Señor hay que amarle *sine modo*. Sin medida. Enamorada del Amor, Lutgarda profesa como novicia en medio del

recelo y las envidias de sus compañeras de religión (prueba semejante a la que sufrirá en su tiempo santa Margarita María de Alacoque). Pero Lutgarda, como novicia benedictina vive centrada en buscar a Dios, y lo encuentra. Otro día, se aparece el redentor a Lutgarda y le pregunta: «¿Qué quieres, Lutgarda?» «Quiero tu corazón», responde ella. «Más bien soy yo quien quiere tu corazón». Y se produce el intercambio de corazones. «Que así sea, Señor, de manera que concedas a mi corazón el amor del tuyo y que en ti tenga yo mi corazón a tu cuidado, claro, seguro y para siempre»³. El Señor concederá esta gracia también a santa Gertrudis, santa Catalina de Siena o santa Margarita María de Alacoque. De algún modo hay que entenderla como la promesa que el Señor hizo a su pueblo por boca del profeta Ezequiel: «Arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne»⁴.

Pero esto no es todo. En la contemplación del costado herido,

1 *Haurietis aquas*, Pío XII, 1956

2 *Vita Lugardis, Acta sanctorum IV*, p.192

3 *Íb.*, p.193

4 *Ez* 36,26

Lutgarda descubre la llamada a la ofrenda victimal, a expiar e interceder por los pecadores ante el trono de Dios. Esta expiación le mueve a dejar su convento benedictino y pasar a la orden de Citeaux, con el acento en la penitencia que ella aumentó con disciplinas y la aceptación de las pruebas, enfermedades y cruces con que el Señor educa a sus preferidos. Es precioso ver cómo el amor de Lutgarda la movía a un acercamiento a la Sagrada Eucaristía, recibéndola sacramentalmente tan a menudo como se lo permitieron. Cuentan que cuando, ya ciega y anciana, sus hermanas religiosas se negaban a acompañarla tan a menudo a comulgar, los propios ángeles la guiaban.

Tenemos aquí esbozados por tanto, dos aspectos fundamentales de la devoción al Corazón de Jesús: la contemplación del Corazón de Cristo como fuente de amor y la llamada a la expiación por los pecados, además de una intensa vida eucarística. La síntesis de lo que fue la vida y misión de Lutgarda la podemos encontrar en las palabras que el Señor le dirige un año antes de su muerte: «(...) Este último año te pido tres cosas: primero, que des gracias constantemente por los favores que has recibido de mí durante toda tu vida; segundo, que ruegues sin descanso por la salvación de los pecadores y, por último, que te consumas en una llama cada vez mayor de deseo de unirte conmigo».⁵ Gracitud, expiación y amor de caridad.

Las místicas de Helfta: Santa Gertrudis

Unos años más tarde, el monasterio de Helfta, de excepcional nivel intelectual y espiritual, dio grandes

5 Íb., p.198

frutos de santidad, especialmente luminosa en santa Matilde de Magdeburgo, Sta. Matilde de Hackeborn (hermana pequeña de la abadesa Gertrudis) y santa Gertrudis la Grande. Canónicamente benedictino por una decisión de capítulo general cisterciense (1228), su espiritualidad y forma de vida fue indudablemente cisterciense. Es importante por que estas santas se ve un gran impacto del carácter de los monjes blancos: una devoción y abandono filial hacia la Virgen Santísima que les lleva a la contemplación de la humanidad de Cristo y, especialmente en su Pasión, sus llagas y su Corazón laceraado como expresaba san Bernardo de Claraval y hemos visto más arriba.

Santa Matilde de Magdeburgo, que no era monja profesada, sino beguina (mujeres solteras que hacían vida de comunidad), vio en el Sagrado Corazón rodeado de luz la fuente de todas las gracias para la humanidad. El sufrimiento y el amor que muestra ha de movernos a llorar nuestros pecados y convertirnos a él.

Por su parte, santa Matilde de Hackeborn, a la que el señor llamó «mi ruiseñor», convirtió cada una de las notas que entonaba en dardo de amor lanzado al Corazón de Cristo. Verdadera santificación del trabajo diario, si se tiene en cuenta que era la cantora de la comunidad. Esto significa que debía conocer a la perfección cada una de las partituras de las misas, horas litúrgicas, propios, antífonas, salmos, etc, con que el monasterio alababa a Dios siete horas al día.

En la estela de estas dos grandes místicas, y su alumna, aparece la gigante figura de santa Gertrudis (1256-1301). De la extraordinaria formación que recibió en el monasterio de Helfta (trivium y quadri-

vium, Sagrada Escritura, teología, Patrística...) y las gracias que recibió del Señor, esta santa realizó una síntesis propia, haciéndola comprensible y llana para los demás fieles.

Santa Gertrudis entró a la escuela del monasterio a los cinco años. De sus padres y su familia no se sabe

El día de san Juan Evangelista, el apóstol amado concede a santa Gertrudis la gracia de reposar su cabeza sobre el costado de Cristo

nada. Este desarraigo lo quiso el propio Señor, que la reservó para sí y quiso ser, según sus propias palabras, la fuente de todo bien y alegría de Gertrudis: «La he elegido como morada mía porque me complace que todo lo que hay de amable en ella sea obra mía (...). Precisamente por esta razón la alejé de todos sus parientes, para que nadie la amara por razón de consanguinidad y yo fuera el único motivo del afecto que se le tiene»⁶.

Igual que santa Matilde de Hackeborn y santa Lutgarda, sus dones naturales eran extraordinarios. Sus maestras y la abadesa cuidaron mucho que esta niña no se enamorase de sí misma y con esmero formaron su inteligencia. Pero Gertrudis confiesa que en vez de enamorarse de sí misma se enamoró del conocimiento. Este saber profano, sin embargo pronto le llevó a una gran sequedad interior y una turbación del alma. En 1281, sin embargo recibió una gracia que destruyó esta «torre de vanidad y curiosidad». Vió a Nuestro Señor a

6 Santa Gertrudis, *El mensajero de la ternura...*, vol. I, 16, 5, p. 128.

su lado, pero una inmensa muralla de espinos, sus propias faltas, le impedía alcanzarle. Pero Cristo mismo la alza sin esfuerzo y la coloca a su derecha. En la mano de Cristo, Gertrudis reconoce «las joyas luminosas por las cuales todo documento de deuda ha sido anulado»⁷.

Esta gracia lleva a una verdadera conversión Gertrudis. Los estudios se centran desde ahora en la teología, la Escritura y la Patrística y pone un empeño especial en la observancia monástica como medio de adentrarse cada vez más en la intimidad con Cristo. De esta diligencia brota su celo misionero (escritos y correspondencia, consejos, discernimiento de almas) que, sin embargo, no le impedía mantener los ojos y el corazón fijos en su Señor. Además del *Heraldo del amor divino* o *Las revelaciones*, nos quedan los *Ejercicios espirituales* (literatura mística) como algunos ejemplos de su apostolado.

Entre las gracias que más agradeció, subraya Gertrudis el conocimiento de la «llaga de amor»; la revelación de «aquella nobilísima arca de tu divinidad, es decir, tu Corazón deífico, como compendio de todas mis delicias»⁸; y el intercambio de corazones.

Descubrirá que el Corazón de Cristo es la plenitud de los deseos humanos, el único que puede saciar la sed del hombre: «¡Si viniera un amigo cercano, amante, generoso y tierno y me consolara en mi soledad! y entonces tú, Dios mío, fuiste con tu Providencia principio y fin de esta contemplación»⁹.

Al igual que santa Lutgarda y más tarde santa Margarita María,

este amor le lleva a consagrarse a Él y a reparar las heridas que le causan nuestros pecados. Pero más aún, en santa Gertrudis encontramos subrayadas otras dos cuestiones fundamentales en la devoción al Sagrado Corazón. En primer lugar, el inmenso valor que tienen para Nuestro Señor la humildad y la pobreza de las almas a las que no puede resistirse –en lo cual santa Teresita pondrá su acento casi 500 años más tarde. Y por otro lado, la dimensión providencial de la revelación del culto al Corazón de Jesús. El día de san Juan Evangelista, el apóstol amado le concede a la santa la gracia de reposar su cabeza sobre el costado de Cristo y le revela que «Las palabras de suavidad de estos tiempos para que al escucharlas se recaliente el mundo ya envejecido y enfriado en el amor de Dios...»¹⁰.

10 Íb., IV, 4, 4, p.36

De esta manera, en el siglo XIII y a través de estas místicas entre otros, se extendió por la Cristiandad una incipiente devoción al Corazón de Jesús y a sus llagas como remedio de nuestras miserias y manifestación de su misericordia. Papel fundamental en esto tuvieron los **franciscanos** y, especialmente los **dominicos**. Como síntesis podríamos tomar lo que Barth dice sobre esta devoción dominica «Su mística de la Pasión no se detiene en las llagas del Varón de dolores, signos visibles de su amor, sino que va hasta el Amor. Y descubren este amor en el Corazón abierto del Hombre-Dios. Por tanto, la veneración de las llagas les lleva a la veneración de su Corazón».¹¹

11 Barth, M., *La veneración del Sagrado Corazón en Alsacia desde el siglo XII hasta la actualidad* Friburgo (Herder) 1928, p. 27.



7 Íb., II, 1, 2, p. 136.

8 Íb., IV, 38, 7, p. 136.

9 Íb., II, 3, 1, p. 139

Santa Teresita en la encíclica «Dilexit nos»

Enrique Martínez García

El papa Francisco nos exhorta hoy, cuando comienza el Año jubilar de la Esperanza, a la confianza en el amor misericordioso del Corazón de Cristo por medio de la enseñanza de santa Teresa del Niño Jesús, de su «caminito», el camino de la confianza y del amor, también conocido como el camino de la infancia espiritual.

«Confirma a tus hermanos»

NUESTRO Señor encargó a Simón Pedro esta misión: «Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32). Pues bien, hoy Pedro, por boca de Francisco, ha confirmado a sus hermanos de *Schola Cordis Iesu* en aquello que pertenece esencialmente a su vocación: el camino de infancia espiritual de santa Teresa del Niño Jesús como providencial etapa del desarrollo de la devoción al Corazón de Jesús. En efecto, el padre Ramón Orlandis S.I. distinguía en *Pensamientos y ocurrencias* tres etapas de este desarrollo: las revelaciones a santa Margarita María, la profundización teológica del padre Enrique Ramière S.I. y el caminito de Teresa. Y de ahí que expresara de esta manera la naturaleza de *Schola*: «Hace cosa de diez años se me fue presentando al pensamiento un como esbozo de agrupación, así de varones como de mujeres; esta agrupación se me antojaba que había de ser aquella legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del amor miseri-

cordioso de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de santa Teresita del Niño Jesús».

El Magisterio pontificio había enseñado hasta el momento la centralidad del culto al Sagrado Corazón, «suma de toda la religión» (Pío XI en *Misserentissimus Redemptor* 3) y «síntesis de todo el misterio de nuestra Redención» (Pío XII en *Haurietis aquas* 24) así como la segura doctrina enseñada por santa Teresa del Niño Jesús al declararla doctora de la Iglesia universal (san Juan Pablo II, *Divini amoris scientia*). Mas no se asociaba explícitamente dicho culto con el caminito de Teresa. Ni siquiera en el magisterio de Pío XI, quien la beatificó (1923), canonizó (1925), nombró patrona de las misiones (1927) y llamó «estrella de mi pontificado», al tiempo que escribía las grandiosas encíclicas sobre el Sagrado Corazón: *Quas primas* (1925) y *Misserentissimus Redemptor* (1928). Ha sido cien años después que dicha asociación ha sido incorporada por el papa Francisco al Magisterio con la exhortación apostólica *C'est*



la confianza [CC] (2023) y la encíclica *Dilexit nos* [DN] (2024):

«Ante el Corazón de Cristo –enseña el papa Francisco– es posible volver a la síntesis encarnada del Evangelio y vivir aquello que propuse poco tiempo atrás recordando a la entrañable santa Teresa del Niño Jesús: la actitud más adecuada es depositar la confianza del corazón fuera de nosotros mismos: en la infinita misericordia de un Dios que ama sin límites y que lo ha dado todo en la Cruz de Jesucristo (CC 20). Ella lo vivía con intensidad porque había descubierto en el Corazón de Cristo que Dios es amor: «A mí me ha dado su misericordia infinita, y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas» (Ms A, 83v^o)» (DN 90).

Una alegría exultante inunda nuestros corazones al leer estas palabras. En efecto, Pedro ha confirmado a sus hermanos por boca de Francisco.

Es la confianza, pero ¿qué es la confianza?

«La confianza, y nada más que la confianza, puede conducirnos al amor» (carta 197, a sor María del Sagrado Corazón). Estas palabras de santa Teresita sirven de pórtico a la exhortación apostólica mencionada, y que «bastarían para justificar que se la haya declarado doctora de la Iglesia» (CC 2). En la confianza radica, pues, la esencia del caminito y su vinculación con la devoción al Corazón de Cristo: «Por eso la oración más popular, dirigida como un dardo al Corazón de Cristo, dice simplemente: en ti confío» (DN 90).

Es la confianza, pero ¿qué es la confianza? Santo Tomás nos enseña que es la misma pasión de la esperanza, «de donde a los que esperan

decimos que confían» (S.Th. I-II, q.40, a.2 obi.2); se añade, eso sí, la razón de certeza de un conocimiento precedente: «Lo que el hombre desea y juzga poder conseguir, cree que lo conseguirá, y el movimiento que sigue en el apetito se llama confianza, por esa fe previa de la potencia cognoscitiva» (S.Th. I-II, q.40, a.2 ad 2). Tal movimiento se da en el apetito irascible, pues tiene como objeto un bien arduo; siendo la dificultad entonces acometida por otra pasión que es la audacia, sin la que no se daría la esperanza de alcanzar aquel bien. Gracias a esta alianza entre audacia y confianza es posible la virtud de la magnanimidad, que dispone el alma a grandes bienes propios de la virtud, esto es, la honestidad. Mas si lo que se aspira es a la santidad, movida el alma por la gracia, entonces tenemos la virtud teologal de la esperanza, «expectación cierta de la bienaventuranza futura, como dice el Maestro; lo que puede tomarse de lo que se dice en II Tim: “Sé a quién he creído, y estoy cierto de que es poderoso para guardar mi depósito” (...) Y así, la esperanza tiende hacia su fin con certeza, como participando de la certeza de la fe» (S.Th. II-II, q.18, a.4 in c.).

Santa Teresita, doctora de la confianza, nos ayuda a entender este movimiento con una de sus sugerentes imágenes, la del águila divina (Ms B, 5r^o - 5v^o). Teresa se identifica con un pajarillo, cuyo corazón aspira a volar hasta el Sol, que es el bien deseado: «Me atrevo a mirar fijamente al Sol divino, al Sol del amor, y mi corazón siente en sí todas las aspiraciones del águila... El pajarillo quisiera volar hacia ese brillante Sol que embelesa sus ojos». Mas constata una enorme dificultad, pues es débil: «Yo me considero un débil pajarillo cubierto solamente

de un ligero plumón (...) ¡Ay! Lo más que puede hacer es alzar sus alitas, pero en cuanto a volar, no está en su débil poder». Más aún, es travieso y se entretiene con aquellas cosas que no lo acercan al Sol: «Se deja distraer un poco de su única ocupación, toma un granito acá y allá, corre tras un gusanillo... Luego, encontrando un charquito de agua, moja en él sus plumas apenas formadas. Ve una flor que le gusta, y su diminuto espíritu se entretiene con la flor... En fin, no pudiendo volar como las águilas, el pobre pajarillo vuelve a ocuparse una y otra vez de las bagatelas de la tierra». No obstante, encuentra un medio en el que apoyarse para volar seguro hasta el Sol, el Águila dorada que viene en su ayuda: «Mi locura consiste en suplicar a las águilas, mis hermanas, que me obtengan la gracia de volar hacia el Sol del amor con las propias alas del Águila divina (...) Un día, yo lo espero, vendrás, Águila dorada, a buscar a tu pajarillo». Y concluye la narración diciendo: «¿Cómo quieres que ante esta locura mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo habría de tener límites mi confianza?»

El camino de la confianza y el amor

Desgranemos brevemente los elementos de la metáfora teresiana con la ayuda de los textos del papa Francisco. En primer lugar, el Sol deseado es Dios mismo, que desea contemplar amorosamente en la gloria: «No quiero otro trono ni otra corona que a vos, ¡oh, Amado mío! (...) Repetiros mi amor en un cara a cara eterno» (*Acto de ofrenda*), y «adentrarse por toda la eternidad en el ardiente abismo del Amor» (Ms B, 5v^o).

En segundo lugar, el obstáculo para alcanzar a Dios es la propia de-

bilidad y el pecado. Mas la confianza en Dios obra una admirable transformación, que nos recuerda aquel *felix culpa* de la liturgia pascual. En efecto, es desde la propia debilidad y aun desde el mismo pecado que el alma, desconfiada respecto de sus propias fuerzas, pasa a poner toda su confianza en Dios. El papa Francisco insiste en esto:

«Quizás el texto más importante para poder comprender el sentido de su devoción al Corazón de Cristo sea la carta que escribió, tres meses antes de morir, a su amigo Maurice Bellière: Cuando veo a Magdalena adelantarse, en presencia de los numerosos invitados, y regar con sus lágrimas los pies de su Maestro adorado, a quien toca por primera vez, siento que su corazón ha comprendido los abismos de amor y de misericordia del Corazón de Jesús y que, por más pecadora que sea, ese corazón de amor está dispuesto, no sólo a perdonarla, sino incluso a prodigarle los favores de su intimidad divina y a elevarla hasta las cumbres más altas de la contemplación. Querido hermanito, desde que se me ha concedido a mí también comprender el amor del Corazón de Jesús, le confieso que Él ha desterrado todo temor de mi corazón. El recuerdo de mis faltas me humilla y me lleva a no apoyarme nunca en mi propia fuerza, que no es más que debilidad; pero, sobre todo, ese recuerdo me habla de misericordia y de amor (carta 247, al abate Bellière)» (DN 136).

Un poco después, el Santo Padre recuerda aquella otra carta admirable a sor María del Sagrado Corazón:

«Una carta que hoy es uno de los grandes hitos de la historia de la espiritualidad. Esta página debería ser leída mil veces por su hondura, claridad y belleza (...) Resume todo en

la confianza como la mejor ofrenda, agradable al Corazón de Cristo: A decir verdad, las riquezas espirituales hacen injusto al hombre cuando se apoya en ellas con complacencia, creyendo que son algo grande. (...) Lo que le agrada es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia... Este es mi único tesoro (...) si deseas sentir alegría o atractivo por el sufrimiento, es tu propio consuelo lo que buscas (...). Comprende que, para amar a Jesús, para ser su víctima de amor, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, más cerca se está de las operaciones de ese amor consumidor y transformante (carta 197)» (DN 138).

Es el Amor misericordioso el que llena así unas manos vacías, pero de quien vive en la confianza. Al inicio de la exhortación apostólica leemos:

«Es la confianza la que nos sostiene cada día y la que nos mantendrá de pie ante la mirada del Señor cuando nos llame junto a Él: En la tarde de esta vida, compareceré delante de ti con las manos vacías, pues no te pido, Señor, que lleves cuenta de mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos. Por eso, yo quiero revestirme de tu propia Justicia y recibir de tu amor la posesión eterna de Ti mismo (*Acto de ofrenda*)» (CC 3).

Las manchas a las que se refiere no son sólo pequeñas imperfecciones; de nuevo el Santo Padre nos recuerda a dónde alcanza el Amor misericordioso de Dios con esta otra cita de Teresa: «Aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, seguiría teniendo la misma confianza; sé que toda esa multitud de ofensas sería como una gota de agua arrojada en una hoguera encendida (*Últimas conversaciones. Cuaderno*

amarillo, 11 de julio de 1897» (DN 137). Y poco después vuelve a citar otra carta al abate Bellière: «(Un padre) no ignora que su hijo volverá a caer más de una vez en las mismas faltas, pero está dispuesto a perdonarle siempre si su hijo le vuelve a ganar una y otra vez por el corazón (carta 258)» (DN 142).

Así, en tercer lugar, la confianza es en el amor misericordioso de Dios, que no sólo conoce nuestra miseria, sino que la experimenta como propia en el Corazón de su Hijo, el Águila divina: «¡Oh, Verbo divino! ¡Eres tú el Águila dorada que yo amo, la que me atrae! Eres tú el que, lanzándote a la tierra del desierto, quisiste sufrir y morir a fin de atraer a las almas al centro del eterno foco de la Trinidad bienaventurada» (Ms B 5v^o).

Sobre esta experiencia de nuestra miseria cita el papa Francisco al respecto el poema que compuso Teresita al Sagrado Corazón:

«En una poesía ella expresó el sentido de su devoción, hecha más de amistad y confianza que de seguridad en los propios sacrificios: Yo quiero un corazón ardiente de ternura / que me sirva de apoyo sin jamás vacilar, / que todo lo ame en mí, incluso mi pobreza..., / que nunca me abandone, ni me olvide jamás. (...) / ¡Yo necesito a un Dios de humanidad vestido, que se haga hermano mío y que pueda penar! (poesía 23)». (DM 135)

De este modo la confianza nace de la fe en el amor misericordioso de Dios, así como de la experiencia de su presencia. Por eso la confianza en el Corazón de Jesús se alimenta de la vivencia eucarística, presencia real de Cristo:

«Esta misma insistencia de Teresita en la iniciativa divina –explica el Papa– hace que, cuando habla de la

Eucaristía, no ponga en primer lugar su deseo de recibir a Jesús en la sagrada comunión, sino el deseo de Jesús que quiere unirse a nosotros y habitar en nuestros corazones. En la *Ofrenda al amor misericordioso*, sufriendo por no poder recibir la comunión todos los días, dice a Jesús: “Quédate en mí como en el sagrario”. El centro y el objeto de su mirada no es ella misma con sus necesidades, sino Cristo que ama, que busca, que desea, que habita en el alma». (CC 22)

Y en presencia del Amado puede dar rienda suelta al diálogo íntimo, de corazón a corazón, propio de quienes se confían mutuamente. En *C'est la confiance* lo presenta así el Santo Padre:

«El simbolismo del amor esponsal expresa la reciprocidad del don de sí entre el novio y la novia. Así, inspirada por el Cantar de los Cantares (2,16), escribe: “Yo pienso que

el corazón de mi Esposo es sólo para mí, como el mío es sólo para él, y por eso le hablo en la soledad de este delicioso corazón a corazón, a la espera de llegar a contemplarlo un día cara a cara (Carta 122 a Celi-na)» (CC 32).

El papa Francisco nos exhorta hoy, cuando comienza el Año jubilar de la Esperanza, a la confianza en el amor misericordioso del Corazón de Cristo por medio de la enseñanza de santa Teresa del Niño Jesús, de «su “caminito”, el camino de la confianza y del amor, también conocido como el camino de la infancia espiritual. Todos pueden seguirlo, en cualquier estado de vida, en cada momento de la existencia. Es el camino que el Padre celestial revela a los pequeños» (CC 14), y que hoy providencialmente nos muestra por medio de quien en el corazón de la Iglesia es el amor.

Al Sagrado Corazón de Jesús

«Yo quiero un corazón ardiente de ternura
que me sirva de apoyo sin jamás vacilar,
que todo lo ame en mí, incluso mi pobreza...,
que nunca me abandone, ni me olvide jamás. [...]
¡Yo necesito a un Dios de humanidad vestido,
que se haga hermano mío y que pueda penar! [...]
Sé que nuestras justicias y todos nuestros méritos
carecen de valor a tus divinos ojos [...]
por eso he escogido para mi purgatorio
tu amor consumidor, ¡Corazón de mi Dios!»

Poesía 23, Al Sagrado Corazón de Jesús
(21 junio u octubre de 1895), 679-680.

Suavísimo encargo

José Ignacio de Orbe hnscc

Son muchísimos los nombres en los que se puede ver esta relación entre los jesuitas y el Corazón de Cristo, pero entre todos se destacan tres, cada uno en una época diferente de la historia de esta devoción. El primero es san Ignacio de Loyola, el segundo san Claudio la Colombière y el tercero el padre Enrique Ramière.



EL lugar del Sagrado Corazón en la historia de la Compañía de Jesús merece unas breves palabras». [143] Es una de las frases de la *Dilexit nos* que pone en relación la espiritualidad de los Ejercicios de san Ignacio con la devoción al Corazón de Jesús. Estas palabras nos motivan también a escribir este artículo, en la estela del padre Orlandis, quien fue un gran conocedor de los Ejercicios y que siempre puso la sabiduría espiritual en ellos contenida al servicio de la difusión del Amor misericordioso del Corazón de Jesús.

Son muchísimos los nombres en los que se puede ver esta relación entre los jesuitas y el Corazón de Cristo, pero entre todos se destacan tres, cada uno en una época diferente de la historia de esta devoción. **El primero es san Ignacio de Loyola, el segundo san Claudio la Colombière y el tercero el padre Enrique Ramière.**

San Claudio la Colombière (1641-1682)

San Ignacio, «maestro de afectos» y «caballero del Espíritu»

El Papa nos indica cómo el mismo san Ignacio está en íntima relación con los mensajes de Jesús en Paray a santa Margarita. Podría sorprender la afirmación, al fin y al cabo, san Ignacio vivió en el siglo XVI, santa Margarita en el XVII, pero como bien explica la encíclica, antes de Paray ya Jesús fue revelando el misterio de su Corazón a algunas almas escogidas y preparando como un venero subterráneo la gran fuente que había de manar desde Paray-le-Monial al mundo. En esta preparación, nos explica el Papa, san Ignacio de Loyola tuvo gran importancia.

«Maestro de los afectos», así le llamaban al padre Ignacio san Pedro Fabro o el cardenal Contarini. Porque los Ejercicios espirituales son sobre todo una *Schola affectus*, los amores, las decisiones, la voluntad toma el primer plano durante los días de Ejercicios para dejarle a Dios actuar y ordenar allí nuestra vida. Lo discursivo o las ideas intelectuales se ponen en un segundo plano, los Ejercicios no son clases de teología, sino que se trata de poner el propio corazón a disposición del Señor para que Él lo modele a través de sus «mociones». El orden a la vida de cada uno empieza en el corazón, en sus afectos y san Ignacio era un maestro en ayudar a esto [24].

¿Cómo lo hacía? A lo largo de la primera semana san Ignacio nos pone continuamente al pie de Jesús Crucificado «invitando al ejercitante a dirigirse con mucho afecto al Señor crucificado y a preguntarle como un amigo habla a otro, o un siervo a su señor» qué debería hacer por Él». Según el Papa, «cuando el

ejercitante queda frente al costado herido de Cristo, Ignacio le propone entrar en el Corazón de Cristo». Es el encuentro con la Misericordia del Crucifijo.

También en la segunda semana, Ignacio nos anima a un «conocimiento interno» a un «sentir» las verdades salvadoras que meditamos, a situarnos muy en concreto ante las escenas de Jesús en el Evangelio por la «composición de lugar» y contemplar sus sentimientos, palabras, hechos... Es un verdadero camino de maduración del propio corazón en contacto con el de Jesús que se muestra especialmente a través de los coloquios. «Los coloquios que san Ignacio propone son parte esencial de esta educación del corazón, porque sentimos y gustamos con el corazón un mensaje del Evangelio y lo conversamos con el Señor». [145].

El padre Orlandis daba también mucha importancia al espíritu de cruzada que latía en la contemplación de la «Llamada del Rey Eterno» y de las Dos Banderas (dedicó ocho artículos de *Cristiandad* a gloriarlo) y explicaba cómo en san Ignacio su espíritu de caballero que lucha por un ideal fue totalmente sobrenaturalizado y puesto al servicio del gran ideal que es el Reino de Cristo. El ejercitante, como el devoto del Corazón de Jesús debe sentir la llamada a «conquistar toda la tierra de infieles» para «vencidos todos los enemigos» poder «presentarle el reino a Dios Padre». Por eso podemos decir que san Ignacio, además de un «maestro de afectos» es un verdadero «caballero del Espíritu Santo».

Por fin, los *Ejercicios* culminan en la «Contemplación para alcanzar amor ¿qué otra cosa busca la devoción al Corazón de Cristo?» El Amor,

nos enseña el de Loyola, brota del agradecimiento de tanto bien recibido y lleva a la ofrenda (es decir, a la consagración) de la «memoria, entendimiento y voluntad al Corazón que es fuente y origen de todo bien». [145]. Todos los que hemos hecho Ejercicios podemos reconocer con el Papa que en ellos «hay un diálogo de corazón a corazón» [144] y que es un itinerario «que no se construye con nuestras luces y esfuerzos, se pide como don». [143]

San Claudio, el «siervo fiel» y «perfecto amigo»

El segundo gran hito de esta relación entre el Sagrado Corazón y la Compañía de Jesús también tiene nombre propio: san Claudio la Colombière. Dios eligió en su providencia a este padre de la Compañía para ayudar a santa Margarita en el discernimiento espiritual de su carisma y misión. Como nos recuerda el Papa «él tuvo un papel especial en la comprensión y en la difusión de esta devoción al Sagrado Corazón, pero también en su interpretación a la luz del Evangelio». [125]

Convencido de la sobrenaturalidad de las experiencias de santa Margarita en cuanto la conoció en Paray «se convirtió en su defensor y divulgador» más tarde en la corte de Londres, en el noviciado de los jesuitas durante su enfermedad, incluso, después de fallecer, a través de su *Retiro espiritual* que tan importante fue para dar a conocer el mensaje del Corazón de Jesús [127]. Entre las aportaciones de san Claudio, el Papa destaca la centralidad que él pone en vivir la confianza de una manera audaz o, dicho de otra manera, en el abandono confiado en la divina Providencia (como reza el título de otro de sus difundidos escritos).

Para san Claudio la genuina devoción al Corazón de Jesús no provoca una complacencia en uno mismo o una vanagloria en experiencias o en esfuerzos humanos, sino un indescriptible abandono en Cristo que llena la vida de paz, de seguridad, de decisión. [126]. El Papa cita entonces su célebre oración de la confianza que tanto parentesco tiene con los desarrollos que más tarde haría santa Teresita del Niño Jesús cuando afirmaba que «la confianza y nada más que la confianza nos llevará al Amor».

«Que otros esperen la dicha de sus riquezas o de sus talentos; que descansen otros en la inocencia de su vida, o en la aspereza de su penitencia, o en la multitud de sus buenas obras, o en el fervor de sus oraciones; en cuanto a mí toda mi confianza se funda en mi misma confianza [...]. Confianza semejante jamás salió fallida a nadie. [...] Así que, seguro estoy de ser eternamente bienaventurado, porque espero firmemente serlo, y porque eres tú, Dios mío, de quien lo espero».

Para el Papa, «en la espiritualidad de La Colombière se produce una hermosa síntesis entre la rica y bella experiencia espiritual de santa Margarita y la contemplación tan concreta de los Ejercicios ignacianos». [128]. El director de santa Margarita es a la vez un fiel hijo de san Ignacio. En él vemos de una manera concreta cómo los Ejercicios nos enseñan a penetrar en el Corazón de Cristo. Así escribe en sus meditaciones de tercera semana:

«Dos cosas me han conmovido sumamente y me han tenido ocupado todo el tiempo. La primera es la disposición con que sale Jesucristo al encuentro de los que le buscan [...]. Su corazón está anegado en un mar de amarguras: todas las pasio-

nes se han desencadenado en su interior, toda la naturaleza está desconcertada, y a través de estos desórdenes y de todas estas tentaciones, su Corazón va derecho a Dios, no da un paso en falso, no vacila en tomar el partido que la virtud y la más alta virtud le sugiere. [...] La segunda cosa es la disposición de este mismo Corazón con respecto a Judas, que le traicionaba; a los Apóstoles, que cobardemente le abandonaban; a los sacerdotes y a los demás, que eran los autores de la persecución que sufría. Es cierto que todo ello no fue capaz de excitar en Él el menor resentimiento de odio ni de indignación [...]. Me represento, pues, a este Corazón sin hiel, sin acritud, lleno de verdadera ternura para con sus enemigos».

Cuando santa Margarita se quejaba al Corazón del Señor de las dificultades que encontraba ella para cumplir su misión, Jesús le dijo, «no te preocupes, yo te enviaré a mi siervo fiel y perfecto amigo». ¡Ciertamente no hay título más hermoso al que pudiera él aspirar!

Enrique Ramière, el «teólogo» y «apóstol» del divino Corazón

Cuando la devoción al Corazón de Jesús no era algo tan conocido, Dios envió a san Ignacio para disponer el corazón de los cristianos en el orden de sus afectos y espíritu caballeresco. Cuando Dios quiso revelar al mundo las inagotables riquezas de su Corazón en Paray-le-Monial, envió a san Claudio para que discerniera, confirmara y difundiera el carisma profético de santa Margarita. También en los inicios del que ha sido llamado «el siglo de oro» de la devoción al Corazón de Jesús (segunda mitad del siglo XIX y primera del xx), tiene un protagonismo es-

pecial el nombre de otro jesuita: el padre Enrique Ramière.

Tal como explica Orlandis, el padre Ramière fue un gran teólogo del Corazón de Jesús a través de sus escritos, proponiendo todo un sistema de ciencia sobrenatural que daba cuenta de dos verdades fundamentales: el Corazón de Jesús como «fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación». Punto admirablemente explicado en *La divinización del cristiano* y *El Apostolado de la Oración*. Pero sin olvidar, como nos recuerda el Papa, que esta espiritualidad debe tener una dimensión social, misionera y reparadora de una civilización en ruinas por las heridas de nuestro pecado. De ahí el segundo principio: «el Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su amor». Ramière lo desarrolla con maestría en *La soberanía social de Jesucristo*, haciendo un diagnóstico del mundo contemporáneo y en *Las esperanzas de la Iglesia*, ofreciendo la única medicina válida para nuestra sociedad enferma, así como la promesa de su sanación.

Pero además de poner su ciencia teológica y social al servicio de la devoción al Corazón de Jesús, el padre Ramière puso en marcha una cantidad sorprendente de iniciativas que impulsaron esta espiritualidad en la Iglesia como «un verdadero río que alegra la ciudad de Dios» al decir de Pío XII. Gracias, entre otros factores, a la difusión de las ideas de Ramière en *El Mensajero del Corazón de Jesús* y a la extensión del Apostolado de la Oración, los jesuitas volvieron corporativamente a centrar su mirada en esta espiritualidad. Francisco nos recuerda un doble fruto de este

gran impulso: «en diciembre de 1871 el padre Peter Jan Beckx consagró la Compañía al Sagrado Corazón de Jesús» y años más tarde, en 1883 una congregación general asumió oficialmente el *munus suavissimum*: «la Compañía de Jesús acepta y recibe con un espíritu desbordante de gozo y de gratitud, la suavísima carga que le ha confiado Nuestro Señor Jesucristo de practicar, promover y propagar la devoción a su divinísimo Corazón». Pero incluso, más allá de los límites de la Compañía de Jesús, Ramière estuvo en el origen de la consagración de la Iglesia al Sagrado Corazón que hiciera Pío IX en 1875 (y por tanto indirectamente en la que León XIII hizo del género humano en el umbral del nuevo siglo). Así también fue un gran promotor de la fusión de la devoción corazonista con la idea-fuerza del reinado de Cristo que asumiría el Magisterio de una forma palmaria en la *Quas primas* de Pío XI. En fin, un teólogo y un apóstol, un hombre providencial, dirigido y llevado por el Espíritu de Dios, para la profundización y difusión de este culto que aún no cesa de dar frutos admirables en la Viña del Señor.

Incluso en tiempos más recientes, posteriores al Concilio Vaticano II, la

Compañía y la Iglesia no han dejado de reconocer la necesidad –más imperiosa que nunca– que tenemos de volver a esta fuente de misericordia. Francisco recuerda las palabras del padre Arrupe en 1972, «en la llamada “devoción al Sagrado Corazón” está encerrada una expresión simbólica

Incluso en tiempos más recientes, posteriores al Concilio Vaticano II, la Compañía y la Iglesia no han dejado de reconocer la necesidad –más imperiosa que nunca– que tenemos de volver a esta fuente de misericordia.

de lo más profundo del espíritu ignaciano y una extraordinaria eficacia –*ultra quam speraverint*– tanto para la perfección propia como para la fecundidad apostólica». Y también la carta de san Juan Pablo II en 1986 al padre Kolvenbach, invitando a los jesuitas a vivir y difundir esta devoción que corresponde más que nunca a las esperanzas de nuestro tiempo. Lo hizo –comenta Francisco– «porque reconocía los íntimos lazos que hay entre la devoción al Corazón de

Cristo y la espiritualidad ignaciana, ya que el deseo de “conocer íntimamente al Señor” y de “mantener un diálogo” con Él, corazón a corazón, es característico, gracias a los ejercicios espirituales, del dinamismo espiritual y apostólico ignaciano, todo él al servicio del amor del Corazón de Dios». [147]

En efecto esta experiencia de unión es propia de los grandes jesuitas, como hemos podido comprobar en el mismo san Ignacio, en san Claudio y en el santo padre Ramière, quizá los tres eslabones más importantes «de una larga cadena de sacerdotes jesuitas que se han referido explícitamente al Corazón de Jesús, como san Francisco de Borja, san Pedro Fabro, san Alonso Rodríguez, el padre Álvarez de Paz, el padre Vicente Caraffa, el padre Kasper Drużbicki y tantos otros» [146].

Pidamos al Señor para que, gracias al fruto de la nueva encíclica en la Iglesia, pronto haya que poner en esta cadena al papa Francisco, primer papa jesuita de la historia, que fiel a la doble condición de sucesor de Pedro y de hijo de san Ignacio nos ha confirmado en la fe y alentado en la esperanza con esta encíclica para gloria del Corazón divino y humano de Nuestro Señor Jesús.

«Corazón a Corazón»

Cuando san Juan Pablo II invitó «a todos los miembros de la Compañía a que promuevan con mayor celo aún esta devoción que corresponde más que nunca a las esperanzas de nuestro tiempo» lo hizo porque reconocía los íntimos lazos que hay entre la devoción al Corazón de Cristo y la espiritualidad ignaciana, ya que el deseo de «conocer íntimamente al Señor» y de «mantener un diálogo» con Él, corazón a corazón, «es característico, gracias a los Ejercicios espirituales, del dinamismo espiritual y apostólico ignaciano, todo él al servicio del amor del Corazón de Dios».

Francisco, *Dilexit nos* 147

Laudato si', mi' Signore, por el hermano Francisco.

A los 800 años de la composición del «Cántico de las Criaturas»

Francesc María Manresa i Lamarca

San Francisco compuso el Cántico en el invierno de 1225, apenas un año y medio antes de su muerte, y en este tiempo hizo del Cántico un elemento esencial en la predicación de los hermanos menores y a todos ordenaba que ahí donde fueran, reunida la concurrencia, cantaran el Cántico del hermano sol, como juglares de Dios.

EL *Cántico del hermano sol* –como lo llamaba el santo de Asís– es un canto de alabanza al Creador que se deja descubrir a través de su propia creación. Así lo dice el Papa: «san Francisco, fiel a la Escritura, nos propone reconocer la naturaleza como un espléndido libro en el cual Dios nos habla y nos refleja algo de su hermosura y de su bondad» (*Laudato si'*, 12). Él tenía conciencia de que cada criatura refleja algo de Dios y tiene un mensaje que enseñarnos; como tenía también la seguridad de que Cristo ha asumido en sí este mundo material y ahora, resucitado, habita en lo íntimo de cada ser, rodeándolo con su cariño y penetrándolo con su luz (*Laudato si'*, 221); , esa luz que es Cristo mismo resucitado, por quien “el rostro de las cosas se alegra en [su] presencia”¹.

En medio del sufrimiento

Cuando san Francisco compuso el *Cántico de las criaturas*, vivía en aquel momento en un sufrimiento tan grande que pensó que no podría soportarlo: llevaba en su cuerpo las llagas de Cristo, y no de manera simbólica, sino que le afligían, a menudo le sangraban y las de los pies le impedían caminar. De hecho, no dejaba que le fuera mitigado el dolor durante los días de la semana en que se rememora la pasión del Señor.

También en aquel tiempo, por un mal antiguo contraído en su viaje a Tierra Santa y agravado por causa del continuo llanto, padecía una gravísima enfermedad de la vista que le hacía sufrir en los ojos dolores tales que no podía soportar

1 Cf. Juan Antonio Espinosa, *Alegre la*

mañana que nos habla de ti

luz alguna, viviendo prácticamente a oscuras. Unos dolores que, para mayor mortificación, le impedían prácticamente el descanso, lo que agravaba también sus demás enfermedades.²

Y para mayor aflicción, toda la comunidad fue asaltada por una plaga de ratones que los molestaban a todas horas ya fuera durmiendo, rezando o comiendo... y que pronto se les reveló como una tentación diabólica.³

Entonces, viéndose superado por tanta dificultad, san Francisco rogó al Señor le diera fuerzas, mas en respuesta a su ruego, Dios no lo libró del sufrimiento, sino que le dio un sentido y una esperanza mediante una voz que le dijo: «regocíjate y alégrate en medio de tus enfermedades y tribulaciones, pues por lo demás has de sentirte tan en paz como si estuvieras ya en mi Reino».⁴

Queriendo, pues, agradecer al Creador semejante promesa, en vez de regodearse en sus sufrimientos... en una noche oscura, con ansias en amores inflamado, estando ya la casa sosegada⁵, reunió a los hermanos y compuso el magnífico «Cántico del hermano Sol», cantando al bondadoso Creador y buen Señor de todas las cosas.

A las criaturas

Aquel himno brotó de una manera coherente en él, porque durante toda su vida, san Francisco había manifestado un amor grandísimo por toda creatura, animada e ina-

nimada. Les hablaba, les exhortaba a amar y bendecir al Creador y se hacía obedecer de todas ellas de un modo admirable. En sus exhortaciones y diálogos con ellas no hacía más que repetir a su modo aquella alabanza de los tres jóvenes de Babilonia (Dn 13): «Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos».

En su vida había predicado a las aves, hablado con los peces, saludado a los lirios, consolado a la liebre, pacificado al lobo, rezado con la cigarrá, respetado el fuego... llamando a todas las criaturas sus hermanas. No en vano, decía san Buenaventura que, por la reconciliación universal con todas ellas, de algún modo san Francisco retornaba al estado de inocencia primitiva⁶, contribuyendo igualmente a sanar la ruptura de la armonía entre el Creador, la humanidad y lo creado; esa ruptura que no es otra que el pecado (*Laudato si'*, 66).

El *Poverello* amaba a la naturaleza toda; pero siempre se dirigía con particular amor a todo lo que en la tierra hay de más claro y hermoso: a la luz y al fuego, al agua limpia y que corre, a las flores y a los pájaros. Y son de hecho los seres inanimados los que se mencionan específicamente en el cántico.

Su contemplación de la naturaleza tenía mucho de simbólica: amaba el agua porque era el instrumento del bautismo; pisaba las piedras con cautela, porque recordaba simbólicamente Quien es la piedra angular; no permitía que un árbol fuera talado en su totalidad por amor del que quiso salvarnos en el árbol de la cruz; mandaba que no se cultivara todo el huerto, sino se dejara un rincón para plantas frondosas que produjeran flores por amor de quien

se llama flor del campo y lirio de los valles...⁷

Sin embargo, a este simbolismo se juntaba en él un amor puro y directo a la naturaleza. Toda criatura era para él, absoluta y directamente, una viva palabra de Dios, pues según sus propias palabras toda criatura pregona y clama: «¡Dios me ha hecho por ti, oh, hombre!».⁸

En las criaturas

Tomás de Celano escribió que «así como en otro tiempo los tres jóvenes en la hoguera invitaban a todos los elementos a loar y glorificar al Creador del universo, así este hombre, lleno del espíritu de Dios, no cesaba de glorificar, alabar y bendecir en todos los elementos y criaturas al Creador y gobernador de todas las cosas».⁹

La idea es de algún modo chocante, ya que en primer lugar ofrece algún paralelismo: uno en el contexto, esto es, en medio del sufrimiento, y otro en el modo en que surge la alabanza, esto es, de un espíritu inflamado en ansias divinas. No obstante, a continuación señala una diferencia substancial: el primer cántico se dirige “a” todas las criaturas invitándolas a loar y glorificar a su creador; sin embargo, en su cántico san Francisco se dirige siempre a Dios –*bon Signore*– al que glorifica, alaba y bendice «en» las criaturas. Y ésta es de algún modo su originalidad más profunda.

El *poverello* de Asís no mira a las criaturas solamente como lo que son, sino que él intuye en todas ellas la obra de Dios, a través de ellas descubre y nos hace descubrir a Dios mis-

2 Cf. Leyenda de Perusa 83

3 Cf. Espejo de perfección 100

4 ídem

5 De la noche oscura del alma de san Juan de la Cruz. El biógrafo Jørgensen es quien sugiere una «noche oscura» espiritual en san Francisco.

6 Cf. San Buenaventura. Leyenda Mayor Cap. VIII, 1

7 Cf. Jørgensen, Johannes. *San Francisco de Asís. Su vida y su obra*. Capítulo VI. Editorial Difusión. Buenos Aires 1945

8 Cf. Jørgensen. Óp. Cit.

9 Tomás de Celano, *Vida primera de san Francisco de Asís* 80



San Francisco en éxtasis,
de Zurbarán s.XVII

Sintiéndose ya muy enfermo, de vuelta a Asís para morir, un médico íntimo suyo le comunicó que no duraría más allá de primeros de octubre, es decir, un mes apenas. En cuanto conoció la noticia «extendió con toda devoción y reverencia sus manos al Señor» y dijo con íntima alegría de alma y cuerpo: «Bienvenida sea mi hermana muerte» e inmediatamente compuso la estrofa en la que loa al buen Dios por ella.¹³

Cerca ya de su agonía, «conociendo que la muerte estaba muy cercana, llamó a dos hermanos e hijos suyos preferidos y les mandó que, espiritualmente gozosos, cantaran en alta voz las alabanzas del Señor por la muerte que se avecinaba»,¹⁴ e incesantemente salían de sus labios los últimos versos del cántico: «Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal»¹⁵.

Y poco más tarde, después de bendecir a los hermanos presentes y ausentes, desnudo sobre el desnudo suelo, vuelto el rostro al cielo, cantando con fuerza extraordinaria el salmo 141 entró en la eternidad: «A voz en grito clamó al Señor... mientras me va faltando el aliento... ¡Tú eres mi refugio! ... ¡saca mi vida de la cárcel y daré gracias a tu nombre!»

Hoy, a los 800 años de la composición de aquel cántico que ha recorrido generaciones y fronteras por la voz de los hermanos menores, sentimos también la invitación de aquel himno que, según el mandato de san Francisco, reclamaba como pago de los oyentes que se convirtieran y fueran buenos cristianos.

Laudato si', mi' Signore.

13 Cf. Jörgensen. *Óp. Cit.*

14 Celano, Tomás de. *Vida primera...* Cap. VIII, 109

15 Cf. Jörgensen. *Óp. Cit.*

mo, porque él admira por lo bello que hay en ellas a quien es la Belleza, por lo amable que hay en ellas a quien es el Amor... porque como dice la Sagrada Escritura «a través de la grandeza y de la belleza de las criaturas, se conoce por analogía al autor» (Sb 13,5).

Y es que en san Francisco de Asís no hay un ápice de panteísmo, él no confunde a Dios con la naturaleza, no confunde al Creador con la criatura; por el contrario, su actitud ante la naturaleza es pura y simplemente la del primer artículo del Credo: san Francisco cree en Dios Padre que es al mismo tiempo Creador.¹⁰

Él admira la hermosura,
la soberana esplendor grandiosa
que gusta ostenta sobre sí Natura;
pero ella es criatura,
no puede ser su diosa;
y aunque cante postrado de rodillas,
delante de sus grandes maravillas,
que son del mundo hechizo,
él sólo adora en ella
la mano soberana que la hizo.¹¹

10 Cf. Jörgensen, *Óp. Cit.*

11 Adaptación de la poesía *Regreso de*

En su preciosa muerte

San Francisco compuso el Cántico en el invierno de 1225, apenas un año y medio antes de su muerte, y en este tiempo hizo del Cántico un elemento esencial en la predicación de los hermanos menores y a todos ordenaba que ahí donde fueran, reunida la concurrencia, cantaran el Cántico del hermano sol, como juglares de Dios. Así lo hicieron cuando reconciliaron al obispo con el principal de Asís, que se odiaban y acabaron llorando abrazados cuando escucharon la estrofa que había añadido intencionadamente san Francisco en alabanza al Señor «por los que perdonan por tu amor».

A menudo él mismo empezaba a cantar las alabanzas del Señor a través de las criaturas, y luego hacía que las cantaran sus compañeros, para que, considerando la alabanza del Señor, se olvidaran de la acerbidad de sus dolores y enfermedades.¹²

José M^a Gabriel y Galán en su libro *Castellanas*.

12 Espejo de perfección 119



Hemos leído

Aldobrando Vals

Matando curas estratégicamente

ABC

Tras muchos años de negar la realidad y divulgar la mentira de que la persecución religiosa durante nuestra Guerra Civil no fue tal, sino obra de algunos pocos «descontrolados», ahora El País cambia de relato y, tras reconocer que fue una matanza planificada, nos explica que estaba justificada por la amenaza que suponían todos aquellos peligrosos curas, monjas y católicos en general. Juan Manuel de Prada, desde ABC, glosa este último giro del guión:

«Leo que cuatro “politólogos” han escrito un estudio de... ¡cuarenta páginas!, fruto de diez esforzados años de trabajo, donde sostienen que las matanzas de religiosos perpetradas durante la Guerra Civil no estuvieron motivadas por el odio, sino que tuvieron un “carácter estratégico”. Hasta ahora estas matanzas siempre habían sido “explicadas” desde la izquierda como obra de “incontrolados” que se saltaban a la torera o desobedecían las órdenes de la autoridad; tesis por completo inverosímil que, además, no evitaba la caracterización de los asesinos como hienas poseídas por el

odio teológico. Así que ahora, en vísperas del llamado Año de la Memoria Democrática (donde vamos a tener que tragarnos las apologías más despepitadas de quienes urdieron o bendijeron tales matanzas), se promueven estudios delirantes que tratan de justificar aquellos crímenes vitandos.

A estos “politólogos” tan laboriosos les ha ocurrido, sin embargo, como a los censores de la película Mogambo, que por querer ocultar un adulterio urdieron un incesto. Para evitar la caracterización de las izquierdas como organizaciones gangrenadas por un odio vesánico, afirman que la violencia anticlerical “no era ciega ni indiscriminada, sino que obedecía a cálculos políticos” y trataba de “impedir la formación de una resistencia” contra la República. Es decir, en su afán por negar que las matanzas estuviesen dictadas por el odio, estos “politólogos” tan perspicaces defienden la existencia de un plan calculado para descabezar a un colectivo “peligroso”. Queriendo negar un crimen de odio, reconocen la existencia de un calculado genocidio (recordemos que en aquellos años infaustos fueron asesinados 13 obispos, 4.184 sacerdotes, 2.365 religiosos y 283 religiosas) dirigido contra «figuras con capacidad de movilización, lo que apunta al carácter estratégico de la violencia». Estos “politólogos” tan insignes, en fin, pretendiendo blanquear el odio de las hienas... ¡están



Mártires de Barbastro

describiendo exactamente lo mismo que hizo Stalin con los oficiales del ejército polaco en Katyn! Pero al menos Stalin se contentó con masacrar a los oficiales, dejando a la tropa sin mando; en la masacre de religiosos de nuestra Guerra Civil se mató indiscriminadamente a jerarquías eclesíásticas y novicios que apenas habían dejado atrás la adolescencia, sin «capacidad de movilización» alguna.

Aunque mucho más modestamente que estos «politólogos» tan insignes, yo también he tenido ocasión de estudiar la «violencia anticlerical» durante la Guerra Civil, mientras escribía la biografía de la escritora catalana Ana María Martínez Sagi, una chica de buena familia que acabaría abrazando el ideario anarquista y el furor vesánico contra la fe católica, que expone sin ambages en muchos artículos rezumantes de bilis (citamos ahora uno publicado en *Nuevo Aragón*, el 12 de mayo de 1937): «Haría que emprender, por dignidad y por ética, una campaña contra los que, injustamente, han adoptado frente a la vida la actitud de mendigos plañideros, de parias torturados, de víctimas y mártires perseguidos

por la desgracia y el infortunio. La religión católica, con sus apologías del sacrificio, de la resignación, de la renunciación; con sus anatemas en contra de la alegría, del goce material, de la ambición de gloria y de triunfo, sus leyendas espeluznantes y el martirologio de sus miles de santos, ha conseguido ensombrecer el espíritu y la vida de la mayoría de los

Desde la prensa libertaria, por ejemplo (que es la que mejor conozco), los llamamientos al asesinato, la devastación y el estrago religioso son constantes.

mortales. [...] Persigamos encarnizadamente a todos aquellos que, sistemáticamente y con intenciones aviesas, quieren destruir nuestra fe en los destinos de la Humanidad, nuestra fe en nosotros mismos y en el resultado de nuestro esfuerzo y de nuestro trabajo [...] Caiga sobre ellos toda nuestra furia, todo nuestro odio».

Este apetito criminal llevaría a las organizaciones «al servicio de la

República» a incitar a sus adeptos a todo tipo de crímenes, para «extirpar el oscurantismo religioso». Desde la prensa libertaria, por ejemplo (que es la que mejor conozco), los llamamientos al asesinato, la devastación y el estrago religioso son constantes. Sirva como botón de muestra este artículo editorial publicado en *Solidaridad Obrera* el 18 de octubre de 1936: «Hay que destruir. Hay que reducir a escombros todos los viejos dogmas. Y, sobre las cenizas de tanta barbarie, levantar el monumento a la Libertad. Sin titubeos, a sangre y fuego. [...] No sólo no hay que dejar en pie a ningún escarabajo ensotado, sino que debemos arrancar de cuajo todo germen incubado por ellos. ¡Hay que destruir! El mundo de ellos y el nuestro es incompatible; no caben en uno, se ahogan. ¡Que mueran ellos, pues, ya que representan la barbarie, la incivilización y, lo que es peor, un peligro constante para nuestra existencia!».

No se trataba de «dejar sin líderes» a una organización enemiga; se trata de lo que Chesterton describe en cierto pasaje de *El hombre eterno* con palabras dignas de ser escul-

pidas en el mármol: “Y, en aquella hora oscura brilló sobre ellos una luz que nunca se ha oscurecido, un fuego blanco que se aferra a ese grupo como una fosforescencia extraterrenal, haciendo brillar su rastro por los diversos crepúsculos de la historia; ese rayo de luz y ese relámpago por el que el mundo mismo ha golpeado, aislado y coronado a ese grupo; por el que sus propios enemigos le han hecho más ilustre y sus propios críticos le han hecho más inexplicable: el halo del odio alrededor de la Iglesia de Dios”. Y ahora ese halo de odio tratan de disfrazarlo académicamente, para justificarlo vomitivamente como “estrategia” necesaria».

Canción atea en el funeral de Carter

El pasado 4 de enero tuvo lugar, en la catedral episcopaliana de Washington, D.C., el funeral de Estado del ex presidente estadounidense Jimmy Carter. El obispo de la diócesis de Winona-Rochester, Robert Barron, publicó el siguiente comentario al respecto en redes sociales:

«Estaba viendo los momentos más destacados del funeral del Presidente Carter en la Catedral Nacional de Washington DC. Algunos de los discursos me parecieron conmovedores. Pero me horroricé cuando dos cantantes de country se lanzaron a interpretar “Imagine” de John Lennon. Bajo la elevada bóveda de lo que creo que sigue siendo una iglesia cristiana, entonaron reverentemente: “Imagina que no hay cielo; es fácil si lo intenta” e imagina que no hay país; no es difícil hacerlo”. Nada por lo que matar o morir, ni tampoco religión”. Los ministros que presidían la ceremonia se sentaron

pacientemente mientras se cantaba un himno al humanismo ateo. Esto no sólo fue un insulto a la memoria de un cristiano creyente y comprometido, sino también un indicador de la cobardía de gran parte de la religión establecida en nuestro país.

El hecho de que el propio Carter, criado en una comunidad baptista y que se declaraba un evangélico progresista, se dedicara durante toda su vida a predicar y comentar la Biblia al tiempo que eligió esta canción, que era una de sus favoritas, para su propio funeral, nos da idea de la desorientación en que viven sumidos tantos protestantes asimilados a la cultura dominante.

El cielo se ha apagado en las iglesias modernas



Escribe Francesco Mori en La Bussola Mensile, sobre el significado de las desnudas iglesias que construimos hoy en día:

«¿Por qué las iglesias modernas son tan frías? ¿Qué concepto estético las ha inspirado? ¿De dónde procede la desaparición casi total de ornamentación? Estas preguntas acompañan desde hace décadas a cualquiera que entre en un edificio sagrado de nueva construcción... Y es que detrás de cada elección formal se esconde la expresión de una espiritualidad».

Mori explica que nos encontramos ante «dos visiones diferentes de lo sagrado: la primera de origen cristiano y la segunda profundamente influida por las religiones orientales,

especialmente el hinduismo». En la cristiana, «son potenciadas todas las características de la realidad creada»; la oriental, «imagina el más allá como el lugar de la evanescencia y la fusión de las almas en una luminiscencia indistinta y cegadora, eternamente desprovista de mutaciones».

Nuestra cultura, añade, «ha sido penetrada por esta visión oriental». Y se pregunta: «¿A quién le gustaría pasar la vida eterna perpetuamente deslumbrado por un resplandor mudo sin articulación ni movimiento? ¿Quién se complacería en habitar sin cesar en esta especie de quietud eterna y monótona, que tanto se parece a la nada?»

Las iglesias católicas siempre se han concebido como un intento de crear un espacio que prefigure una especie de anticipación sagrada del paraíso. Todo el vasto universo de la creación se recapitulaba en piedra, en oro o en colores, adornando así capiteles, bóvedas, cornisas... Por contra, la visión «minimalista» de la espiritualidad parece haber moldeado gran parte de la producción artística moderna, que en el campo de la arquitectura se caracteriza por la ausencia total de ornamentación y decoración. Volúmenes esenciales, superficies planas y brillantes, bosques ortogonales de pilares grises de hormigón han inspirado la estética de los edificios modernos.

[...]Ha llegado, pues, la hora de un llamamiento urgente: ¡volvamos a poner en los ojos y en los corazones del pueblo de Dios el deseo de habitar un día en una dimensión que realce y realice la naturaleza de la creación y el destino del hombre! Esta es la misión del arte, y del arte sacro en particular: permitir a los hombres “asomarse” al paraíso, no embriagarlos en un Nirvana aséptico».

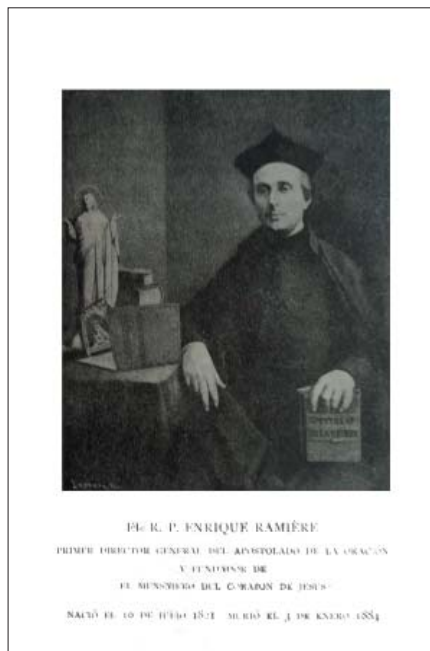


Pro beatificación padre Enrique Ramière

«Este es mi hijo muy amado»

Al dar principio a nuestro año jubilar, justo es que recordemos el décimo aniversario de la muerte del insigne apóstol del Corazón de Jesús acaecida el mes de Enero de 1884. Con este fin reproducimos los datos escritos muy poco después de su muerte, por su sucesor en el cargo de director general del Apostolado de la Oración, el R. P. Emilio Régnault: «El 3 de enero, al dirigirse el padre Ramière muy temprano, como solía, a ofrecer el Santo Sacrificio y celebrar la Octava de san Juan Evangelista, sintióse desfallecer en el camino, cayó en tierra sin que le fuera posible incorporarse. Al ruido acudió un padre fiel compañero suyo: «¿Me habéis sentido?» le dijo el cariñoso enfermo. Luego llegaron otros,... presto conocieron que aquella vida tan preciosa tocaba a su término... Circunstancia notable: el breviario del venerado director del Apostolado de la Oración permanecía abierto en la página correspondiente a los laudes del Oficio de san Juan. En él acababa de leer las siguientes palabras, que no dudamos aplicar, con la proporción debida, al generoso apóstol que tan denodadamente combatió por los intereses del Corazón divino: «Ecce puer meus electus, quem elegi, et posuit super eum spiritum meum».

«Este es mi hijo muy amado; yo le he escogido y he puesto en él mi espíritu.»



EL R. P. ENRIQUE RAMIÈRE
PRIMER DIRECTOR GENERAL DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN
Y FUNDADOR DE «EL MENSAJERO DEL
CORAZÓN DE JESÚS».
NACIÓ EL 10 DE JULIO DE 1821
MURIÓ EL 3 DE ENERO DE 1884

En el «Décimo aniversario» –enero 1894– la edición española de *El Mensajero*, órgano del Apostolado de la Oración, hizo memoria del padre Enrique Ramière, dedicándole las páginas 18-20. Comenzaba con referencia a las bodas de oro de la asociación; después, la reproducción parcial del texto del padre Régnault que diez años antes recogiera *Le Messager* en su número de febrero, XLV (1884) 148ss. La pintura o dibujo, de autoría ilegible, refleja al padre Ramière de manera muy significativa: serenidad apacible, sienes ya envejecidas; la mano izquierda sostiene sobre el muslo la obra *L'Apostolat de la Prière*, sentido jurídico romano de lo genuino y originante; el brazo derecho descansa sobre una mesa que explana muy significativamente su vida: destaca el Corazón de Jesús orante, en la obra del escultor tolosano Bénézet, según diseño del mismo padre Ramière bajo las palabras de san Pablo «siempre vivo para interceder» (Hb 7, 25); a los pies, el Corazón Inmaculado de María. Abierto, un ejemplar del *Messenger du Coeur de Jésus*; al fondo, apilados, serie de libros manifestativos de su labor apostólica. **Celebramos este mes el 141º aniversario de su nacimiento a la vida eterna.**



Pequeñas lecciones de historia

Santa Margarita María de Alacoque (9): la devoción al Sagrado Corazón empieza a ser conocida

Gerardo Manresa



A principios del año 1684 es madre María Catalina Melin, del mismo convento de Paray y que ya conocía a la hermana Margarita María. Era una monja dulce y caritativa y designó a la madre Margarita María como asistente; la Comunidad ratificó dicha elección. Así empezó el apostolado de la madre Margarita.

El Sagrado Corazón le continúa dando gracias para desempeñar este puesto y prepararla para el puesto que va a recibir a finales del mismo año: Maestra de novicias. Las mismas novicias lo han pedido. Los rasgos principales de su dirección fueron: la observancia estricta de las Reglas y la devoción al Sagrado Corazón.

En este momento, es decir algunos meses después del nombramiento, los jesuitas de Paray hacen llegar a la madre Superiora un ejemplar del libro del padre Claudio de la Colmbière Retiro espiritual, en el cual el autor describe las apariciones del Sagrado Corazón y a la persona que recibe estos mensajes. Dicho libro es leído en el comedor a la Comunidad que reconoce en la madre Margarita María a la persona citada en el libro y en el recreo siguiente a la comida, sonrojada y confundida, solo puede contestar al resto de las hermanas: «No tengo sino motivos para gozarme de mi abyección».

En este momento, diez años más tarde de la Gran Aparición, empieza a ser de dominio público la nueva devoción. Las novicias fueron en este principio las más favorables a

la misma y tras la insinuación de la madre Margarita, preparan para el viernes siguiente de la fiesta de Corpus la celebración de la gran fiesta del amor. Margarita dibuja una imagen del divino Corazón, la coloca sobre el altar de la capilla del Noviciado e invita a las novicias a acercarse a Él. Un mes más tarde, en la fiesta de santa Margarita, 20 de julio de 1685, repiten la misma ceremonia y se consagran, la M. Maestra y las novicias, al divino Corazón. ¡Día radiante para Margarita!

Como le había dicho el Señor, hubo opositores a esta devoción. Y así fue, pues en poco tiempo, galicanos, jansenistas, protestantes e incluso alguna de las monjas de Paray se opusieron. Ante esta actitud de muchas personas y grupos, Jesús se le aparece a Margarita y le dice: «Nada temas. Reinaré a pesar de mis enemigos». En este momento en el convento de Paray, la Madre Superiora había prohibido a la Madre Margarita María, la comunión de los primeros viernes y ella recibió de Nuestro Señor Jesucristo el encargo de hablar con la madre Melin para que le permitiera la Comunión de aquel primer viernes. Margarita, no se atreve a pedirle esto a la madre Melin y consulta con la M. Des Escures, la monja de la comunidad más opuesta a las apariciones, ésta le dice que lo haga y consigue la autorización de comulgar.

Al año siguiente el día antes de la celebración de la fiesta del Amor, el 21 de junio de 1686, la Hna. Des Escures le pide a la Hna. Margarita una linda imagen del Sagrado Corazón y ella misma la coloca sobre la verja donde Margarita había recib-

do las revelaciones y pide a toda la comunidad que vayan a tributar honores a su adorable Corazón. Toda la comunidad se consagró este día al sagrado Corazón.

Paralelamente la devoción se fue extendiendo por otros lugares gracias a la correspondencia de las M. Saumaise y Greyfié, que se hicieron apóstoles de esta devoción en sus

«El día de la fiesta de la Visitación de 1688, estando la M. Margarita ante Jesús Sacramentado se ve atraída hacia el Corazón divino, y tiene una gran visión: junto al Corazón de Cristo se le aparecen a un lado la Stma. Virgen y al otro san Francisco de Sales».

conventos y en aquellos en los que podían influir. También los novicios que tuvo el padre de la Colombière en Aviñón, entusiasmados por su maestro extendían la devoción de palabra y por escrito, siendo los principales los padres Croiset, Gallifet y Villette. La Hna. Margarita le escribe a la M. Greyfié: “Ahora moriré contenta, puesto que el Sagrado Corazón de mi Salvador comienza a ser conocido y yo desconocida”.

El divino Corazón ensancha la esfera del apostolado, que se va extendiendo y dispone que la M. Margarita deje de ser maestra de novicias, en mayo de 1687, y sea de nuevo asistente de la comunidad, lo cual será los próximos tres años hasta su muerte. A partir de ahora podrá entregarse completamente al apostolado de su divino Esposo,

incitando a religiosos y seglares ya sea por carta o a través del locutorio y con imágenes del divino Corazón a hacerse amantes de éste, tanto a extraños como a sus hermanos carnales, para ello dice «Proceder en todo suavemente, aunque también con energía y eficacia».

Empiezan a aparecer libros en los distintos monasterios de la Visitación escritos por las mismas Hnas, también aparece, en Dijon, la misa del Sagrado Corazón que es celebrada por el mismo obispo de la diócesis.

El día de la fiesta de la Visitación de 1688, estando la M. Margarita ante Jesús Sacramentado se ve atraída hacia el Corazón divino, y tiene una gran visión: junto al Corazón de Cristo, con sus llagas se le aparecen a un lado la Stma. Virgen y al otro san Francisco de Sales, el padre de la Colombière y las religiosas de la Visitación. La santísima Virgen invita a sus hijas de la Visitación y al padre Claudio: Si a las Hijas de la Visitación se les ha confiado el encargo de dar a conocer, amar y distribuir a los demás ese tesoro, a los padres de la Compañía de Jesús les está reservado el presentar y dar a conocer su utilidad y valor, a fin de que el pueblo cristiano lo aproveche, recibiendo con respeto y agradecimiento a tan señalado beneficio.

En septiembre de 1688 se erige una capilla del Sagrado Corazón en el jardín, que es inaugurada con la primera peregrinación de sacerdotes y cientos de fieles, mientras la M. Margarita María asiste a ella arrodillada, inmóvil como una estatua abismada en el Corazón de su Esposo.





Hace 75 años

Los únicos y verdaderos reformadores son los santos

Ibón Elósegui

María Asunción López escribió sobre santa Juan de Arco en enero de 1950, hace 75 años, un resumen de los últimos años de su vida. Movida por una voz divina, llevó a cabo una misión que superaba con creces sus fuerzas humanas: salvar Francia del yugo inglés y devolver el trono al delfín Carlos VII, haciéndole coronar en la catedral de Reims.

Francia en 1429

UN país ocupado por tropas extranjeras, un pueblo abatido, un ejército desmoralizado, una hacienda agotada, un favorito poderoso y un rey joven, indeciso, indolente y apático, que duda hasta de su derecho a la corona.

Tal es la situación de Francia en 1429, en los comienzos del reinado de Carlos VII.

Este príncipe despojado e inexperto tiene que habérselas con Felipe el Bueno, duque de Borgoña, el hombre de estado más sutil, refinado y ambicioso de su generación; con Bedford, el famoso diplomático y hábil militar, que manda las tropas inglesas que invaden Francia y poseen incluso la capital; y con los cortesanos que se disputan su favor o, mejor dicho, usurpan su voluntad. Sin embargo, el rey elige de entre estos cortesanos los favoritos que se

van turnando y son los que realmente gobiernan.

Desde luego que tanto a los favoritos como al resto de los cortesanos les importa más su medro personal que la salvación de Francia y el servicio del rey; por lo tanto, lo único que desean es obrar impunemente en provecho propio. [...]

El rey no es precisamente que se acobarde y carezca de talento; pero es perezoso y deja enajenar su voluntad, aceptando siempre la opinión del último que le habla. Estas vacilaciones, sin embargo, son debidas en gran parte a que, además de las difíciles circunstancias exteriores, le quita la fuerza moral una duda abrumadora: no tiene la seguridad de ser rey legítimo. Dan pábulo a esta duda cruel la locura intermitente que aquejó a su padre Carlos VI, y la juventud liviana de su madre Isabel de Baviera, de una parte; y de otra el equívoco, que le

declara tácitamente bastardo, a que ésta da lugar pronunciándose decididamente en favor de los ingleses, eliminándole a él, y consintiendo que Enrique V de Inglaterra se titule ya rey de Francia. [...]

El desprestigio y la pobreza no permiten a Carlos VII reunir tropas; entre él y su tesorero no tienen ni cuatro escudos de oro; sabe que en este aspecto depende enteramente de sus cortesanos y favoritos, que disponen del dinero del país por la acumulación de cargos y grandes riquezas, y, por otra parte, los cree también incapaces de salvar la situación.

Considerando todos estos desastres como castigo del cielo, viéndose impotente y decidido a abandonarlo todo, hace esta plegaria, que revela su profundo desaliento: «Señor, si soy rey legítimo y heredero de la corona de Francia, amparadme; si no lo soy, haced que pueda escapar a la muerte y a la prisión, dejándome llegar a Escocia o España».

Ni política ni militarmente había para Francia remedio humano.

La pastorcita de Domrémy

En este momento crítico llega a Chinon, donde está la Corte, el mensaje de una pastorcilla solicitando una audiencia del rey.

La recomienda vagamente una carta de Robert de Badricourt, capitán de Vaucouleurs, y se saben algunas noticias de ella. Se llama Juana de Arco, tiene diecisiete años y ha vivido siempre con sus padres y hermanos en la aldea de Domrémy, en tierras de Lorena. Ni siquiera sabe leer, no ha hecho en su vida más que hilar en invierno y guardar ganado en la época de los pastos. Voces celestiales y misteriosas, en las que reconoce a san Miguel, santa Catalina y santa Margarita, le han trans-

mitido de parte de Dios la misión de salvar a Francia, y no tiene más formación que estas voces venidas del cielo. Es ingenua, sencilla, todo en ella es diáfano y la rodea un nimbo de pureza angelical.

Habla con tal seguridad del plan que viene a realizar en nombre de Dios, que arrastra las voluntades de todos. El rumor de sus revelaciones ha llegado hasta el duque de Lorena, que le ha dado un salvoconducto. Las gentes de Vaucouleurs le han proporcionado espada, caballo, armamento y equipo de guerrero, y unos voluntarios le sirven de escolta y guía para dirigirse a Chinon.

Esto solo es ya inaudito, pero la letra del mensaje que la precede es más extraordinaria aún. De parte de Dios, ofrece al rey la liberación de Orleans, su pronta y solemne coronación en Reims, el triunfo de su ejército y la expulsión del invasor. Su Majestad no tiene que hacer otra cosa que fiarse de ella y darle el mando del ejército. «Yo traigo, dice, el mejor auxilio que jamás se trajo a una nación o a un ejército: el auxilio del Rey del Cielo».

[...] «Es una loca o una bruja», dice el favorito Le Tremouille, temiendo por su privanza.

«¿Por qué no se la hace venir y la examinan los teólogos de la Iglesia y los consejeros de la Corona?», sugiere la suegra del rey, Yolanda de Aragón, cuya intuición previó lo valioso de este auxilio.

«¿Ha de poder más el brazo de una mujer que el de los varones del reino?», dicen despechados los guerreros. [...]

El rey está en uno de estos momentos de lucidez que producen a veces las situaciones desesperadas, y emancipándose por primera vez del parecer de la mayoría de sus cortesanos, acepta la sugerencia de la reina Yolanda y decide recibirla.

Buenas nuevas

En el gran salón del castillo, alumbrado con antorchas, resplandeciente de lujo y lleno de cortesanos y soldados, el rey, disfrazado de caballero mediocre, la espera confundido entre todos. Juana, sin titubear y sin turbarse, se dirige a él directamente, le hace las reverencias de rúbrica, como si toda la vida hubiera estado en la Corte, y le saluda así: «Dios os dé una vida feliz, noble delfín; alegraos porque os traigo buenas nuevas».

El rey la remite a un cortesano diciéndole «éste es el rey». Sonríe Juana viendo que quieren engañarla, y contesta: «Por Dios, noble príncipe, vos sois el rey y no otro. Yo os digo que Dios tiene misericordia de vos y de vuestro pueblo, pues san Luis y Carlomagno están delante de Él y ruegan por vos. Yo son Juana, la doncella, y mi Señor me envía para salvaros a vos y a vuestro reino».

Asombrado, le pregunta el rey: «¿Y quién es vuestro Señor?» «Es Dios», responde Juana sin vacilar, «es mi Señor y el vuestro. El reino de Francia que yo os conquistaré por su mandato, debéis dárselo porque le pertenece, pero este Señor quiere que vos seáis rey y gobernéis como su lugarteniente».

Atónitos escuchan el rey y sus cortesanos. Se han desvanecido las sonrisas burlonas, aun los más despechados prestan atención. ¿Qué tiene Francia sobre las demás naciones, para merecer el privilegio de que Dios tome directamente partido por ella?

Ofrece el reino que está prácticamente perdido, eso lo entienden perfectamente, pero les desconcierta lo que pide: **la sumisión a Dios en forma de que los actos de la vida práctica, civil y laica se sometan a las leyes de la voluntad divina**, pues la vida social no ha de estar menos que la religiosa



bajo el control de Dios. Partiendo de estos principios y sin ninguna complicación, organizará ella el ejército.

El rey lo entiende menos que nadie, y vuelve a invadirle de nuevo la pereza intelectual; como no toma ninguna determinación parece que la audiencia está terminada. Juana se le aproxima entonces algo más, y en llano confidencial, no tan alto que pudieran oírlo todos, pero si lo suficiente para que no pasase inadvertido de los más próximos, le dice: «Yo os digo, de parte de mi Señor, que vos sois el verdadero heredero de Francia, el hijo legítimo del rey».

Carlos VII, visiblemente emocionado por esta respuesta tan evidente y clara a la súplica que había hecho en la soledad de su aposento y conocida sólo de Dios, concede a Juana una audiencia privada que dura dos horas.

Nadie sabe cuáles son las pruebas que en esta audiencia dio la Doncella de la autenticidad de su misión, pero el rey declaró «que le había levantado el corazón al revelarle secretos tan íntimos que sólo podía conocerlos por la revelación divina, pues jamás

los había confiado a nadie, y que Juana poseía su confianza».

¡A Reims! ¡A Reims!

Se autoriza a Juana para organizar el ejército, y ella pone como condición esencial que no haya en él ocasión de pecado. Que los nobles dejen sus devaneos y los soldados confiesen y comulguen para ponerse en gracia de Dios.

Juana anima a los soldados: han de ser valientes y pelear con brío; ellos batallarán y el Señor les dará la victoria. En una semana efectúan cuatro salidas, toman el fuerte de Les Tourelles y liberan la ciudad, que hacía ocho meses estaba sitiada con trincheras y fortificaciones. Juana entra triunfante con armadura de guerrero, montada en un caballo blanco, y escoltada por las tropas se dirige a la catedral.

En medio de las ovaciones no le abandona la persuasión de que es simplemente un instrumento. El triunfo es sólo de Dios y a Él atribuye toda la gloria. [...]

Bajo las amplias bóvedas de la catedral de Reims, el rey es coronado y ungido con óleo de la Santa Ampolla. Con ello recibía Carlos VII, por obra de la fe y el genio de Juana de Arco, la suprema consagración de los reyes de Francia.

Santa Juana de Arco

Francia se ha recobrado. El ejército vibra de fe y de entusiasmo. El rey se considera seguro, y, alma pequeña, temiendo que la gloria de Juana le haga sombra, la abandona y echa sobre sí el baldón de ingratitud que nunca le perdonará la historia.

En vez de dejarle proseguir la

campana, el rey le quita las mejores tropas, pacta treguas con los enemigos, defrauda al ejército y al pueblo y vuelve a las fiestas de sus castillos del Loire.

Amparada por esta ingratitud que se cierne sombría sobre Juana, se fomenta la traición y la envidia de las camarillas reales. La salvadora de Francia es traicionada y vendida, sin que el indigno rey que le debe la vida y la corona le tienda una mano o diga una palabra para defenderla.

Esto es incomprensible. Aquí se clava la imaginación del pensador. «En la historia moderna no hay crimen contra Dios y la patria semejante al que cometieron Carlos VII y sus favoritos, y asimismo es incomprensible la grandeza de Juana de Arco».

Perseguida, calumniada, indefensa, víctima de la envidia y la traición, el elemento oficial de la Francia que ha salvado se erige en su inicuo juez, y mandatarios viles y cobardes la venden, la entregan a Inglaterra para que sea su verdugo.

La hoguera de Ruán añade a su corona de virgen la palma del martirio. Estos hechos, únicos en la historia del mundo, sobrepujan a la fantasía y a la leyenda, pero pueden resistir la más rigurosa crítica histórica.

Juana de Arco, además de ser heroína, es santa. Como a Jesús, los suyos le traicionaron y le vendieron, pero a pesar de ello cumplió su misión y se realizaron sus profecías. El mundo fue con ella cruel, pero la Iglesia, madre amorosa, da a todas sus hazañas un nuevo relieve. Le rinde un homenaje y le da un premio que ninguna nación ni ningún rey le puede dar: el culto y el altar.

Después de pasados tantos siglos, perdura la memoria gloriosa de la pastorcita de Domrémy, que es hoy santa Juana de Arco, patrona de Francia.



Actualidad religiosa

Javier González Fernández

Jubileo del año 2025: un jubileo para la esperanza

TRAS el «Año de oración» que preparaba el Jubileo, el pasado 24 de diciembre el papa Francisco abrió solemnemente la Puerta Santa en la basílica de San Pedro del Vaticano, dando así inicio a un Año Jubilar que se extenderá hasta el 6 de enero de 2026, fecha en la que se cerrará de nuevo la Puerta Santa.

El Jubileo –como ha apuntado el Santo Padre– ha sido siempre un acontecimiento de gran importancia espiritual, eclesial y social en la vida de la Iglesia. Desde que Bonifacio VIII instituyó el primer Año Santo en 1300, el pueblo fiel de Dios ha vivido esta celebración como un don especial de gracia, caracterizado por el perdón de los pecados y, en particular, por la indulgencia, expresión plena de la misericordia de Dios. Los fieles, generalmente al final de una larga peregrinación, acceden al tesoro espiritual de la Iglesia atravesando la Puerta Santa y venerando las reliquias de los apóstoles Pedro y Pablo conservadas en las basílicas romanas. Millones y millones de peregrinos han acudido a estos lugares santos a lo largo de los siglos, dando testimonio vivo de su fe perdurable.

La Puerta Santa abierta en el Jubileo simboliza al mismo Cristo, que dijo: «Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos» (Jn 10, 9).

Son palabras muy significativas que nos hacen entender el sentido de este nuevo Jubileo proclamado por el Papa. Un año jubilar es un año en el que la Iglesia quiere ofrecernos la posibilidad de alcanzar de manera más fácil nuestra total purificación para entrar así a gozar de los «pastos» del Cielo. El perdón del pecado y la restauración de la comunión con Dios obtenida con el sacramento de la Reconciliación nos hacen capaces de alcanzar la vida eterna. Sin embargo, la gracia obtenida no elimina nuestro apego desordenado a las criaturas, que es necesario purificar a lo largo de nuestra vida o en el Purgatorio después de la muerte. Sin embargo, durante el año jubilar la Iglesia, depositaria del tesoro de los méritos de Cristo y de todos los santos, nos ofrece una ayuda especial para alcanzar más fácilmente una caridad más perfecta: las indulgencias.

Y si el «espíritu penitencial» es el alma de todo Jubileo, la existencia de una esperanza que no defrauda (cf. Rm 5, 5) constituye el mensaje central de este Año Santo. Y es, sin duda, un mensaje que se nos presenta como una urgente necesidad para nuestro mundo posmoderno en el que frecuentemente nos encontramos nosotros o encontramos a nuestro alrededor personas desanimadas que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad.

Por este motivo, el Santo Padre dijo en la santa misa de la pasada Nochebuena que la puerta de la esperanza se había abierto de par en par al mundo. «En esta noche –afirmó el Papa–, Dios dice a cada uno: ¡también hay esperanza para ti! Hay esperanza para cada uno de nosotros. (...) El Jubileo se abre para que a todos les sea dada la esperanza, la esperanza del Evangelio, la esperanza del amor, la esperanza del perdón. (...) En esta noche la “puerta santa” del corazón de Dios se abre para ti. Jesús, Dios con nosotros, nace para ti, para mí, para nosotros, para todo hombre y mujer. Y, ¿saben?, con Él florece la alegría, con Él la vida cambia, con Él la esperanza no defrauda».

Ante la desesperanza que invade cada vez más nuestro mundo actual la Palabra de Dios transmitida por la Iglesia nos ayuda a reavivar nuestra esperanza, que nacida y fundamentada en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz, es irradiada por el Espíritu Santo en el corazón de todos los creyentes. Esta esperanza –ha recalcado el Papa–, entretijada con la virtud de la paciencia y que es también un fruto del Espíritu Santo, nos ayuda a caminar por esta vida con la mirada puesta en la meta: el encuentro con Jesús.

No es casual, por tanto, que la peregrinación exprese un elemento fundamental de todo acontecimiento jubilar porque ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. Un camino que tiene como punto de partida insustituible el sacramento de la reconciliación si quiere ser un verdadero camino de conversión que nos lleve a un «renacimiento espiritual» y nos convierta en «peregrinos de esperanza».

En este sentido, este Año Santo debe ser un momento fuerte para

alimentar y robustecer nuestra esperanza y la del prójimo de una forma concreta, propiciando a nuestro alrededor signos de esperanza, como les llama el Papa, y lucrando para nosotros y nuestros difuntos las indulgencias que nos ofrece la Iglesia en este tiempo de gracia.

Según las normas publicadas por la Santa Sede, en el curso del Año Santo podrán ganar la indulgencia plenaria todos los fieles que, verdaderamente arrepentidos y movidos por espíritu de caridad, purificados a través del sacramento de la Penitencia y alimentados por la Santa Comunión, oren por las intenciones del Sumo Pontífice y realicen alguna de las siguientes acciones:

a) Peregrinen hacia cualquier lugar sagrado jubilar, participando en un momento de oración, celebración o reconciliación.

b) Visiten devotamente cualquier lugar jubilar, viviendo momentos de adoración eucarística y meditación, concluyendo con el padrenuestro, el Credo e invocaciones a María.

c) En caso de grave impedimento que impida participar en las solemnes celebraciones, en las peregrinaciones y en las pías visitas, reciten en la propia casa o ahí donde el impedimento les permita, el padrenuestro, el Credo y ofrezcan sus sufrimientos o dificultades de la propia vida.

d) Realicen más frecuentemente obras de caridad, de misericordia y de penitencia, principalmente al servicio de aquellos hermanos que se encuentran agobiados por diversas necesidades.

e) Visiten a los que se encuentran en necesidad o en dificultad (enfermos, encarcelados, ancianos en soledad, personas con capacidades diferentes...), como realizando una peregrinación hacia Cristo presente en ellos.

f) Se abstengan, en espíritu de penitencia, al menos durante un día de distracciones banales (reales y también virtuales) y de consumos superfluos.

g) Otorguen una proporcionada suma de dinero a los pobres o sostengan obras de carácter religioso o social, especialmente en favor de la defensa y protección de la vida.

h) Dediquen una adecuada parte del propio tiempo libre a actividades de voluntariado.

Este Jubileo 2025 tiene que ser para todos nosotros un tiempo de misericordia y esperanza que aumente con renovado vigor nuestro celo por la salvación del mundo, tal y como nos alentó el papa Francisco en su esperanzador mensaje durante la bendición *Urbi et orbi* de la pasada Navidad:

«La puerta del corazón de Dios está siempre abierta, regresemos a Él. Volvamos al corazón que nos ama y nos perdona. Dejémosnos perdonar por Él, dejémosnos reconciliar con Él. Dios perdona siempre, Dios perdona todo. Dejémosnos perdonar por Él.

»(...) Jesús es la Puerta; es la Puerta que el Padre misericordioso ha abierto en medio del mundo, en medio de la historia, para que todos podamos volver a Él.

»No tengan miedo. La Puerta está abierta, la Puerta está abierta de par en par. No es necesario tocar a la puerta. Está abierta. Vengan, dejémosnos reconciliar con Dios, y entonces nos reconciliaremos con nosotros mismos y podremos reconciliarnos entre nosotros, incluso con nuestros enemigos. La misericordia de Dios lo puede todo, desata todo nudo, abate todo muro que divide, la misericordia de Dios disipa el odio y el espíritu de venganza. Vengan, Jesús es la Puerta de la paz».



Actualidad política

Piero Viganego Busquets



Justin Trudeau renuncia y deja tras de sí un balance de fracasos, políticas *woke* y hostilidad hacia los cristianos en Canadá

EL pasado 6 de enero, el primer ministro de Canadá Justin Trudeau convocó una rueda de prensa en Ottawa para presentar su renuncia como líder del país.

La renuncia de Justin Trudeau como primer ministro de Canadá marca el fin de un capítulo oscuro en la historia del país. Durante casi una década, Trudeau se ha esforzado por proyectar una imagen de

líder moderno, comprometido con la inclusión, la diversidad y los derechos humanos. Sin embargo, el legado que deja no es más que la constatación del mal devorado por sí mismo: odiado y rechazado por todos, fracasado en su rol de abanderado de la agenda *woke*, y recordado como uno de los líderes políticos que más ha atacado a la Iglesia en el siglo XXI.

Ya desde niño, Justin Trudeau creció cerca del poder político. Su padre, Pierre Trudeau, fue primer ministro durante quince años, desde 1968 a 1984. El turno del hijo llegaría

en 2015, cuando fue elegido líder del Partido Liberal, logrando una contundente victoria. Fue reelegido en 2019 y nuevamente en 2021, aunque con gobiernos en minoría.

Ahora, tras una lista innumerable de fracasos políticos y luchas internas, no le ha quedado más remedio que presentar su dimisión tras perder el apoyo incluso de sus más fieles colaboradores. Por ejemplo, Chrystia Freeland, ministra de Finanzas, renunció a su cargo debido a diferencias de opinión sobre el manejo de la economía canadiense por parte de Trudeau. En una carta que posteriormente fue publicada en redes sociales, Freeland afirmó que la gestión económica de Trudeau incluía «estrategias políticas costosas» y que ambos habían estado «en desacuerdo» recientemente sobre cómo manejar la inminente administración de Trump. A pesar de que este hecho fue la gota que colmó el vaso y le llevó inevitablemente a renunciar, la lista de escándalos anteriores es larga.

Resulta conveniente repasar de manera breve los principales acontecimientos, legislación, y declaraciones de Trudeau y las consecuencias que estos han tenido.

Justin Trudeau **ha dedicado gran parte de sus esfuerzos a apoyar inequívocamente la legalización y expansión de la eutanasia en Canadá.** En 2016, bajo su liderazgo, el Parlamento canadiense aprobó el programa de Asistencia Médica para Morir (MAID), tras una decisión de la Corte Suprema que declaraba inconstitucional la prohibición existente sobre la eutanasia. En aquel momento, Trudeau defendió la medida argumentando que se había encontrado un «equilibrio responsable» entre la protección de los vulnerables y la defensa de los derechos individuales.

Sin embargo, como siempre ocurre, la excusa de «los casos extremos» evolucionó rápidamente hacia una política expansiva. Desde su implementación, los casos de eutanasia en el país han crecido un promedio del 31% anual, y en 2023 la eutanasia ya representaba 1 de cada 20 muertes en Canadá.

Más allá de los números, lo más inquietante fue el intento de extender la elegibilidad de MAID a personas con enfermedades mentales, depresión, etc. Extensión que finalmente tuvo que posponerse debido a que el sistema de salud no estaba preparado para manejar las implicaciones éticas y logísticas de semejante cambio. Por supuesto, no hace falta ni hablar de la nula inversión o fomento en cuidados paliativos: el gobierno optó por ofrecer la eutanasia como única solución rápida.

Trudeau también **ha sido uno de los defensores más notorios del aborto**, convirtiéndolo en un pilar central de su agenda política, tanto en el ámbito nacional como internacional.

Durante su mandato, no sólo reafirmó su compromiso con el acceso irrestricto al aborto, sino que también adoptó una postura combativa contra cualquier entidad que cuestionara esta posición, incluyendo los centros pro-vida para embarazadas. Trudeau modificó las leyes fiscales canadienses, exigiendo que los centros médicos revelaran si ofrecían aborto o anticoncepción como condición para mantener su estatus de organizaciones benéficas y mantener beneficios fiscales. Mientras que las clínicas abortistas recibieron un apoyo casi ilimitado del gobierno, los centros pro-vida fueron sometidos a un escrutinio desproporcionado, viéndose obligados a luchar por su supervivencia en un entorno extremadamente hostil.

Esta postura de Trudeau con el aborto no se limitó a sus fronteras. Con gran orgullo se postuló como abanderado del «derecho universal al aborto» en el ámbito internacional, utilizando su posición para criticar abiertamente a otros países como Estados Unidos (tras la anulación de la sentencia *Roe v. Wade*) o Italia (tras las medidas pro-vida tomadas por Giorgia Meloni).

Dentro de su catálogo de medidas *woke*, no faltaron las políticas dirigidas a la protección y fomento del movimiento LGTBI. Como ejemplos, la introducción de leyes que añadieron la «identidad de género» y la «expresión de género» como categorías protegidas bajo la Ley de Derechos Humanos de Canadá; la ley C-16, que impone el uso obligatorio de pronombres preferidos por cada persona al dirigirse a ella; la prohibición de las llamadas «terapias de conversión» o incluso la amenaza pública de arrebatar la custodia de sus hijos a los padres que no aceptaran la condición sexual o el «género» escogido por sus hijos menores de edad.

Por otro lado, Trudeau no escatimó esfuerzos para atacar de forma pública a los cristianos y a la Iglesia en el país.

Uno de los episodios más controvertidos fue la propagación de la narrativa sobre la existencia de «tumbas masivas» de niños indígenas en escuelas residenciales de la Iglesia. En 2021, un grupo indígena afirmó haber descubierto más de 200 tumbas sin marcar cerca de una escuela católica en la Columbia británica, uno de los estados de Canadá. Sin pensárselo dos veces ni corroborar la información, **Trudeau se lanzó a atacar abiertamente a la Iglesia católica, exigiendo incluso al papa Francisco disculparse personal-**

mente. Sus duras críticas a la Iglesia llevaron a un aumento del 260% en los crímenes contra católicos: más de 120 iglesias fueron vandalizadas, incendiadas o completamente destruidas, mientras el gobierno mantenía silencio. No sólo silencio, el propio Trudeau justificó, casi alentándolos, los ataques, afirmando que comprendía el «dolor y la ira» de los vándalos.

Sin embargo, más de tres años después, no se ha encontrado ninguna evidencia que confirme la existencia de esas supuestas tumbas masivas, pese a numerosas excavaciones. Trudeau nunca ofreció disculpas ni rectificó sus declaraciones.

Otro de los escándalos derivados de su odio a la fe sucedió durante la pandemia. El gobierno canadiense implementó restricciones sanitarias que terminaron convirtiéndose en una herramienta de control desproporcionada contra las comunidades religiosas, particularmente las cristianas.

Uno de los casos más sonados fue el de James Coates, pastor protestante en Alberta. Coates fue encarcelado durante 35 días por realizar servicios religiosos al aire libre que respetaban las medidas de distanciamiento social. Su iglesia fue posteriormente clausurada y

cercada por la policía, lo que obligó a los fieles a reunirse en inmuebles clandestinos. De manera similar, el pastor Tim Stephens de Calgary fue arrestado frente a su familia y encarcelado 21 días por realizar cultos al aire libre.

Más allá de sus políticas agresivas hacia la Iglesia y las comunidades religiosas, el gobierno de Trudeau ha enfrentado durante estos años graves críticas en otros ámbitos de su gestión, como la inmigración, la respuesta a las protestas de camioneros durante la pandemia, y el manejo de la economía y la crisis de vivienda. Bajo su liderazgo, Canadá ha experimentado niveles históricos de inmigración gracias a unos procedimientos de selección debilitados que permitieron, por ejemplo, que un miembro del Estado Islámico obtuviera la ciudadanía. Su decisión de invocar la Ley de Emergencia para sofocar la protesta de camioneros contra los mandatos de vacunación, una medida nunca usada en la historia del país, fue duramente criticada por muchos canadienses, especialmente por incluir el congelamiento de cuentas bancarias y la intimidación a manifestantes pacíficos.

A esto se le suma el fracaso de su administración en abordar la cre-

ciente crisis de vivienda y el coste de la vida, problemas que se agravaron por políticas económicas que favorecieron a las generaciones de pensionistas con mayores propiedades, mientras excluían a los jóvenes, el mismo grupo que en su momento impulsó a Trudeau al poder.

El legado de Justin Trudeau quedará marcado como el de un líder que, prometiendo agradar a todos con las falsas promesas liberales, ha acabado odiado por su propia gente y dejado un río de dolor y agravios histórico a su paso.

Con su partida, Trudeau se ha unido a la lista de líderes políticos *woke* que han acabado fracasando estrepitosamente, como Jacinda Arnern en Nueva Zelanda, Nicola Sturgeon en Escocia o Joe Biden en Estados Unidos.

Afortunadamente, de cara a las elecciones del próximo mes de octubre, su Partido Liberal parte con menos de un 1% de posibilidades de ganar según las encuestas. Veremos cómo evoluciona el país en los próximos meses. Sin embargo, su renuncia y el colapso de su gobierno ya son muy buenas noticias para Canadá después de estos últimos nefastos nueve años.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración



Febrero: Por las vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa

Oremos para que la comunidad eclesial acoja los deseos y las dudas de los jóvenes que sienten la llamada a servir la misión de Cristo en la vida sacerdotal y religiosa.

Marzo: Por las familias en crisis

Oremos para que las familias divididas encuentren en el perdón la curación de sus heridas, redescubriendo incluso en sus diferencias las riquezas de cada uno.



¡La mejor librería religiosa en Barcelona!

✉ info@balmeslibreria.com

📍 balmeslibreria.com

☎ 682 856 468

☎ 93 317 80 94



Colabore en la difusión CRISTIANDAD ¡Suscriba a un amigo!

La revista CRISTIANDAD necesita su ayuda para continuar contribuyendo a la extensión del Reino de Cristo a través de la devoción al Corazón de Jesús y de María.

Suscripción anual

Suscripción España (papel)	50 euros
Suscripción fuera de España (papel)	65 euros
Suscripción en formato digital	20 euros
Suscripción de colaborador (papel)	80 euros

Puede suscribirse en:

<http://cristiandad.orlandis.org/suscripcion/administracion.cristiandad@orlandis.org>

Donativos:

- Domiciliación bancaria
- Ingreso en cuenta:
ES18-2100-1366-12-0200082911
(Fundación Ramon Orlandis i Despuig)



Cómo la razón puede llevar a Dios

Rasmussen, Joshua

Editorial: Cor Iesu
236 páginas
Precio: 21,00€

«Lo que quiero con este libro es señalar paso a paso un camino que pueda inspirar en ti una mayor visión del fundamento último de todas las cosas. Parto de la historia de mi propio viaje. Entonces empezaré a construir un puente de la razón para que lo explores y examines.

Aunque nuestra investigación alcanzará el nivel más profundo de la realidad, mi propósito es hacer este libro lo más fácil de leer posible. Así, voy a reemplazar todo lenguaje técnico con definiciones de sentido común y lenguaje ordinario. Nunca voy a basar un argumento en una autoridad. En vez de eso, usaré los instrumentos de la razón y la experiencia común para servirte en tu aventura.



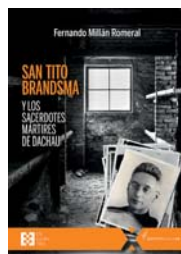
En casa

Pimentel Igea, Aurora

Editorial: CEU Ediciones
147 páginas
Precio: 20,00€

Si bien los estudiosos han analizado exhaustivamente las tesis de Chesterton sobre la familia y la mayor parte de los chestertonianos conocen de sobra su aversión al divorcio, al control de la natalidad y a la eugenesia, el autor inglés esbozó también otro puñado de ideas, quizá menos estudiadas, que desconcertarán al lector de este siglo precisamente por inactuales: la importancia del hogar para la familia y la sociedad, la dignidad del trabajo doméstico y el inevitable reparto de tareas –educativas y logísticas– entre el hombre y la mujer.

El presente ensayo nos redescubre la filosofía doméstica de un autor que, pese a haber fallecido hace casi un siglo, no pierde su frescura.



San Tito Brandsma y los sacerdotes mártires de Dachau

Millán Romeral, Fernando

Editorial: Encuentro
158 páginas
Precio: 14,00€

2.652 sacerdotes y religiosos católicos sufrieron cautiverio en Dachau, el primer campo de concentración construido por Hitler. De ellos, fueron asesinados o murieron a causa de las penalidades unos 1.800, de los cuales, 1.106 polacos. El carmelita holandés Tito Brandsma ha sido ya canonizado y 57 más, beatificados.

Con la guía de la figura de san Tito, su hermano en religión, Fernando Millán Romeral traza con maestría el admirable cuadro de aquel santuario del martirio del siglo XX.



«ORACIÓN DEL JUBILEO»

Padre que estás en el Cielo,
la fe que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada esperanza
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando, vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, peregrinos de esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz
de nuestro Redentor.

A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén.

Franciscus